

Norberto Galasso

**De la Historia Oficial al
Revisionismo Rosista
Corrientes historiográficas en
la Argentina**

© 2004, Centro Cultural
"Enrique Santos Discépolo"



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural "Enrique S. Discépolo"
Buenos Aires, Argentina
www.discepolo.org.ar

I- INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES LA HISTORIA?

La historia es el relato de los sucesos, así como de su encadenamiento, ocurridos en el pasado.

BASES PARA RECONSTRUIR LA HISTORIA

La reconstrucción histórica se sostiene en dos artes o métodos:

a. Heurística: es el conjunto, acumulación y ordenamiento de testimonios que prueban la veracidad de los hechos que se relatan. Los documentos o pruebas pueden ser:

1. Públicos: leyes, manifiestos, diarios;
2. Privados: correspondencia, contratos, objetos (casas, ropas, armas, etc.).

b- Hermenéutica: es la interpretación de ese cúmulo informativo.

DEFORMACIONES O DESVIACIONES

En el caso de la heurística pueden señalarse dos tipos de desviaciones:

1- Se verifica cuando el historiador omite determinados hechos como si no hubiesen sucedido. Por ejemplo, la historia oficial oculta las sangrientas represiones ejecutadas por el gobierno de Bartolomé Mitre, entre 1862 y 1866, en las provincias interiores. Otro ejemplo: el desconocimiento del Plan de Operaciones de Mariano Moreno.

2- Se produce cuando se relatan acontecimientos cuya veracidad resulta discutible y no se los apoya con la fuente documental que los certifica. Así se obvian las citas a pie de página, con la excusa de no fatigar al lector, limitando la apoyatura a un grupo de comentarios o referencias a fin de capítulo, que dejan sin fundamento a buena parte de los asertos de dudosa veracidad.

Más grave aún, son los equívocos y confusiones producidos en el campo de la Hermenéutica. Aquí pesa la ideología, el juicio, la escala de valores del historiador. Detrás de su relato, aun descartando su honestidad intelectual, está presente su cosmovisión ideológica. Por ejemplo, quien juzga que el progreso argentino proviene de la apertura económica y el ingreso del capital extranjero exalta la política rivadaviano-mitrista, y ésta, a su vez, resulta descalificada por quienes sostienen el crecimiento “hacia adentro” a través del proteccionismo y la aplicación planificada del ahorro interno. Es evidente que detrás de estas dos posturas hay ideologías que no deberían erigirse como única y absoluta verdad.



LAS CORRIENTES HISTORIOGRAFICAS

Por lo expuesto, debido al enfrentamiento de diversas ideologías, surgen las corrientes historiográficas. No tiene que haber necesariamente diferencias metodológicas entre ellas, sino diferentes interpretaciones del ayer, que repercuten en el hoy y pretenden mantenerse hacia el futuro.

No se debe condenar a los historiadores por parciales o tendenciosos. Pero sí, se les debe reclamar que se reconozcan como tales. El gran engaño no consiste en que Bartolomé Mitre o Alfredo Grosso interpreten la historia desde su concepción conservadora-liberal, sino que lo hagan pretendiendo que sus visiones son neutras, no obedecen a ideología alguna y por lo tanto, deben enseñarse en las escuelas como la única y verdadera historia.

El estudiante y el ciudadano deben tener bien claro que no hay una historia objetiva y que detrás de cada versión histórica y de cada ideología se encuentran grupos sociales con intereses enfrentados.

Queda establecido que ayer y hoy, las luchas sociales y políticas cubren el escenario y evidencian proyectos antagónicos que promueven disgusto o ganan simpatías. Una auténtica democracia debe asegurar la posibilidad de confrontación entre las diversas corrientes, tanto en las escuelas y universidades, así como a través de los medios masivos de comunicación.

Por ende, no hay una historia neutra, así como tampoco hay un periodismo objetivo. Sólo que se debe reconocer la existencia de diversas interpretaciones, las que a su vez responden a distintas ideologías. De esta sana polémica, todo aquel que se interesase por estos problemas podría decidir cuál de esas recreaciones del pasado resulta más verídica, cuál es más creíble y cuál apunta a rescatar, en las luchas de ayer, aquellos valores que merecen ser preservados y desarrollados en el futuro con el propósito de tener un país más justo y equitativo.

Mientras se esperan con ansiedad y esperanza estos debates es necesario conocer, en sus perfiles más netos, las diversas corrientes historiográficas que responden a las distintas ideologías en pugna. Ellas son: 1. la Historia Oficial; 2. la Corriente Liberal de Izquierda; 3. el Revisionismo Rosista; 4. el Revisionismo Histórico Forjista; 5. el Revisionismo Rosista-Peronista; 6. la Corriente de Historia Social y 7. el Revisionismo Socialista, Latinoamericano o Federal-Provinciano.

1. LA HISTORIA OFICIAL, LIBERAL O MITRISTA

A) DEFINICIÓN

Es “oficial” porque: 1. Se enseña desde hace décadas en los diversos niveles de la enseñanza; 2. predomina en los medios masivos de comunicación; 3. está presente, indiscutida e indiscutible, en los discursos y la iconografía oficial; 4. se yergue en las estatuas de las plazas y denominaciones de calles y localidades.

Es “liberal” porque interpreta y valora los acontecimientos históricos desde un enfoque ideológico liberal-conservador. Un liberalismo que hace eje en lo económico con el libre juego del mercado y la apertura al exterior, pero que se vacía del contenido democrático que tuvo en la Revolución Francesa de 1789 y se impregna de una concepción elitista y antipopular.



En lo cultural, es europeísta y antilatinoamericana.

Es “mitrista” porque Bartolomé Mitre fue su principal propulsor. A él se debe su bibliografía básica y su ideología reproducidas por sus epígonos.

B) HISTORIA DE LA CLASE DOMINANTE

Esta historia ofrece una visión de nuestro pasado desde la óptica de la oligarquía, integrada por los grandes estancieros de la pampa húmeda y los grandes comerciantes importadores y exportadores de Buenos Aires. Su principal gestor es el general Mitre, político e historiador, perteneciente a una de las familias más poderosas de la República Argentina (en el lenguaje popular: “ser hijo de Mitre” equivalía a tener la “bolsa de los Anchorena”). Reaseguró el predominio de sus ideas con la fundación del diario matutino “La Nación” (como dijo Homero Manzi: “un prócer que se dejó un diario de guardaespaldas”). Esta corriente historiográfica -dominante durante un siglo, en la medida en que, como dijo alguien: “las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante”- analiza nuestro pasado desde la óptica de las elites dueñas del país.

Alberto Pla señala que según esta concepción, “son las minorías ilustradas las que hacen la Historia”¹. Con este relato en su favor, la clase dominante no sólo legitima su pasado, presentándose como una suma de virtudes y adjudicándole defectos infernales a sus enemigos, sino que se consolida políticamente hoy y apuesta a perpetuarse en el futuro al someter a su concepción al resto del país, especialmente a los sectores más ligados a la cultura (la clase media).

C) HÉROES E IDEALES

Así exalta a un puñado de grandes hombres como los constructores de la Argentina, entre los cuales se destacan: Bernardino Rivadavia, Domingo Faustino Sarmiento y el propio Bartolomé Mitre.

En ese panteón aparecen también, pero previamente deformados y vaciados de su auténtico contenido: José de San Martín, Mariano Moreno, Manuel Belgrano y Juan Bautista Alberdi.

La iconografía oficial junta los retratos de unos y otros como si hubiesen compartido proyectos y amistad. No fue así. San Martín y Rivadavia se odiaban. También Moreno era anti-rivadaviano. Y el mismo sentimiento de odio existía entre Mitre y Alberdi.

Los grandes hombres habrían hecho la historia argentina. Fueron artífices de una Argentina blanca, europeizada, desvinculada del resto de América latina, construida a través de un proceso resistido por las masas “bárbaras” y sus caudillos, quienes no comprendieron la necesidad del “progreso y la civilización” que permitiría asemejarnos a los grandes países del mundo (el lema de Sarmiento: “civilización o barbarie”).

En esta línea, son paradigmas los políticos y gobernantes amigos de los ingleses -Rivadavia y Mitre- mientras, resultan representantes del atraso histórico aquellos que se les opusieron -los caudillos federales en sus diversas expresiones:



Juan Manuel de Rosas, Juan Facundo Quiroga, José Gervasio Artigas, Angel Vicente Peñaloza y Felipe Varela. Los primeros, pasarán a los cuadernos escolares, con las figuritas recortadas de la revista “Billiken” y vestirán las paredes de las aulas. Los segundos execrados -Rosas y Quiroga- despreciados -Artigas-, u ocultados -Varela-.

De esta forma, el pueblo, los caudillos, las “chusmas” resultan el antiprogreso, lo irracional, lo ignorante, lo reaccionario, lo antidemocrático.

Así, la historia se hace política, instrumento fundamental en la lucha de la clase oligárquica contra las clases oprimidas.

D) IMPOSICIÓN DE LA HISTORIA OFICIAL

La clase dominante impone al resto de la sociedad -como ya se dijo- sus ideas. Especialmente influye en aquellos sectores sociales más ligados a la cultura, como la clase media.

El forjista Arturo Jauretche analizó detenidamente cómo con el control de la enseñanza en sus diversos niveles, de los grandes diarios y revistas, así como de academias y otras formas de creación de prestigio, la clase dominante organizó una superestructura cultural para imponer sus ideas, entre otras, las históricas. El pensador europeo de izquierda Louis Althusser llegó a esas mismas conclusiones en “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”. Allí sostiene: “Ningún aparato ideológico del Estado dispone durante tantos años de la audiencia obligatoria (y por si fuera poco, gratuita...) 5 ó 6 días a la semana, a razón de 8 horas diarias, de formación social capitalista”. En el caso argentino, otorga una formación de mentalidad colonial en diversas áreas del conocimiento, una de ellas: la historia.

Una de las características más importantes en la difusión de estas ideas reside en que la clase dominante las “baja” como conocimiento neutro, científico, indiscutible. Y así lo divulgan maestros y profesores, acriticamente. Dicen que ésta es la historia de los argentinos. Estos son nuestros próceres. No existe ni otra historia, ni otros próceres. No tiene sentido cuestionar o indagar. La historia mitrista se ofrece como sacralizada. Si lo difunde “La Nación”... Si lo difunde el periodista y lo aprueba el maestro... ¿quién podrá osar discutirlo? Sin embargo, podría argüirse que si esa historia omite sucesos o personas, o califica erróneamente los hechos, generaría desconfianza en el oyente o el alumno, al contrastar con referencias recibidas por vía de la tradición oral. Pero en la Argentina, el corte provocado por la inmigración influyó para que la Historia Oficial pudiese ser admitida confiadamente. La tradición oral se verifica, generalmente, entre abuelos y nietos (ambos personajes ociosos de la familia) cuya imagen fue recogida tantas veces en libros y cuentos: la abuela o el abuelo dejando fluir su memoria y el niño escuchándole atentamente. En la Argentina, los abuelos o abuelas llegados de Italia o España o de cualquier otro país contaban a sus nietos sus experiencias de vida, pero no hablaban de Peñaloza, ni de Varela, ni de Rosas, sino de países lejanos. La enseñanza de la maestra no era confrontada por la tradición oral en los hijos de los inmigrantes. En cambio, en las provincias, la Historia Oficial nunca pudo imponerse plenamente porque los relatos, recuerdos, memorias, de los descendientes de los montoneros federales mostraban “otra historia”.



BASES DE LA HISTORIA OFICIAL

Como ya se dijo, Mitre, jefe triunfante de la oligarquía porteña, echa las bases de la Historia Oficial.

El primer avance es “Galería de celebridades argentinas” (1857). Allí, Mitre escribe la introducción y la semblanza sobre Belgrano. El libro se compone de otras semblanzas dirigidas a exaltar a personajes liberales: San Martín (por Sarmiento); Rivadavia (por José María Gutiérrez); Manuel José García (por su hijo, Manuel Rafael García); Lavalle (por Pedro Lacasa); Guillermo Brown (por Tomás Guido); Florencio Varela (por Luis Domínguez); Deán Funes (por Mariano Lozano) y Mariano Moreno (por su hermano, Manuel).

En esa “galería” se denigra a los caudillos “dominadores de la barbarie”; “expresión de los tiempos primitivos”; “terribles y ceñudos que inspiran horror”. En cambio, se exalta a las minorías porteñas.

Sobre Lavalle: “legiones inmortales; “valor sobrehumano”; “luchó defendiendo la lealtad de la Patria”; hasta justificar el asesinato de Manuel Dorrego por “motivos de época”. En cambio, Güemes es “funesto”, de “siniestra celebridad”.

En cuanto a Dorrego: “empujado por el brazo robusto del populacho”; “excitaba el espíritu salvaje de la plebe”; “las masas desenfrenadas con su algazara salvaje”.

BARTOLOMÉ MITRE (1821/1906)

Su primer obra histórica relevante es “Historia de Belgrano y la independencia argentina”, de la cual aparecieron adelantos hasta que se publicó completa, en 1876. Resulta un importante trabajo heurístico, con 3000 fuentes.

Respecto a la interpretación se caracteriza por:

- a. Historia impulsada por grandes hombres.
- b. La Revolución de Mayo dirigida al comercio libre, antihispánica y probritánica.
- c. Moreno, “el Miguel Angel” y “numen de Mayo”; pero sin el Plan de Operaciones.
- d. Visión porteñista (Dalmacio Vélez Sarsfield la calificó como juicio injurioso y calumnioso a los pueblos del interior” (“El Nacional”, 1864)².
- e. El Antiartiguismo, “No era una idea lo que impulsaba a los pueblos por este camino (el de Artigas); era un instinto ciego en las masas y una ambición bastarda en sus directores... Esa federación no era sino una logia de mandones, dueños de vidas y haciendas, que explotaban las aspiraciones de las multitudes, sometidas a la dominación despótica y absoluta de Artigas”³. “El Protector era el jefe natural de la anarquía permanente... Enemigo de todo gobierno general y de todo orden regular”⁴.

Vélez Sarsfield señaló, críticamente, que “los documentos reflejan en su mayor parte los intereses de las clases altas... Como las masas y los líderes populares dejan pocos rastros escritos, la historia debe recurrir a la leyenda, la tradición oral y los testimonios. El defecto de la historia de Belgrano es estar sacada de los documentos



oficiales... en los que nunca aparece la verdad histórica”⁵. A su vez, Alberdi sostuvo: “La ‘Historia de Belgrano’ es leyenda documentada, fábula revestida de certificados”⁶.

La otra obra importante de Mitre es la “Historia de San Martín y la emancipación sudamericana” (1877).

Sobre esta obra puede señalarse:

a. En su primera página define su perfil antilatinoamericano, marcando un claro antagonismo entre San Martín y Bolívar. Según ella, por un lado, se encuentra “la revolución argentina americanizada... para crear nuevas naciones independientes”. Por otro, “la revolución colombiana dilatada”, tendiente a “unificar artificialmente las colonias emancipadas, según su plan absorbente y monocrático... en pugna con la revolución argentina americanizada”⁷.

Es decir, San Martín, con su plan de “nueva constelación de estados independientes”, opuesto al “sueño delirante de la ambición de Bolívar”⁸ (en “Arengas”, pág. 648, retoma fuertes críticas a Bolívar).

b. Reniega de la tradición hispánica que habría traído “absolutismo y servidumbre feudales”, mientras que “más feliz, la América del Norte, fue colonizada por una nación que tenía nociones prácticas de libertad y por una raza viril, mejor preparada para el gobierno de lo propio, impregnada de un fuerte espíritu moral que le dio temple y carácter”⁹.

c. Retoma la concepción civilización y barbarie.

Luego a través de artículos de “La Nación” y en “Arengas”, Mitre completa las bases de la Historia Oficial:

1. Apología de Rivadavia (Oración del 20.05.80: “Rivadavia es el más grande hombre civil de los argentinos”¹⁰ y “Apoteosis de Rivadavia” en Arenga del 20.08.57¹¹).

2. Diatriba contra Artigas, en la “Historia de Belgrano”¹².

3. Elogio al capital inglés en un discurso pronunciado en la inauguración del Ferro-Carril del Sud de Buenos Aires, el 7 de marzo de 1861: “Por eso al derramar sobre el proyectado terraplén de la vía, mi carretilla llena de tierra argentina que el capital inglés y el trabajo de los inmigrantes va a fecundar, agregué que este era el feliz presagio de un gran futuro y que confiaba que la semilla de progreso que iba a depositarse en su seno fructificaría y daría abundante cosecha a los jornaleros. Ahora, al contestar el cordial saludo que se me ha dirigido en nombre de los extranjeros aquí presentes y principalmente de los ciudadanos de la Gran Bretaña, diré que no los reconozco por tales extranjeros en esta tierra. No! (‘Heard! Heard!’). Reconozco y saludo a todos los presentes como hermanos porque todos lo somos en el campo de la labor humana (‘Muy bien (...). Pero, señores, estos son únicamente los efectos visibles que palpamos. Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de estos progresos y veamos cual es la fuerza inicial que lo pone en movimiento. ¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso? Señores: es el capital inglés. Desearía que esta copa fuese de oro, no para adorarla como al becerro de la antigüedad, sino para poderla presentar más dignamente como el símbolo de las relaciones amistosas entre la Inglaterra y el Río de la Plata, nuestra amiga cuando éramos colonias, y nuestra mejor amiga durante la guerra de la independencia. En 1806 y 1807 los ingleses nos trajeron hierro en forma de espadas y bayonetas, y



plomo y bronce en forma de balas y cañones, y recibieron en cambio hierro, bronce, plomo y fuego, y su sangre y la nuestra derramada en las batallas fue oreada por el pampero en las calles de Buenos Aires. (“Sensación”). Después vinieron con hierro en formas de picos y palas, con algodones, con paños y se llevaron en cambio nuestros productos brutos para convertirlos en mercaderías en sus manufacturas. Esto sucedía en 1809. desde entonces quedó sellado el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país. Los derechos que los negociantes ingleses abonaron en aquella época a la Aduana de Buenos Aires, fueron tan cuantiosos que fue necesario apuntalar las paredes de la Tesorería por temo de que el peso que soportaban las echase al suelo. Esta fue la primera hazaña del capital inglés en estos países, que presagiaba la caída de las antiguas murallas y el advenimiento de una nueva época. Verdaderamente, señores, el capital inglés es un gran personaje anónimo cuya historia no ha sido escrita aún (...). Pido solamente al terminar mi tarea, dejar al país con doce millones de rentas, con treinta mil inmigrantes, con quinientas millas de ferrocarril gozando de paz y prosperidad y quedaré satisfecho, como ahora lo estoy al brindar por el fecundo consorcio del capital inglés y el progreso argentino. (“Aplausos prolongados”)¹³.

4. Crítica a Rosas, en discurso del 03/07/1857¹⁴.

5. Exaltación de Lavalle, discurso del 20/01/61, al cerrar la urna funeraria¹⁵.

6. Panegírico del comercio libre. Discurso del 21/02/69: “En la guerra del Paraguay... ha triunfado no sólo la República Argentina... sino también los grandes principios del librecambio... Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la ovación merecida que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscripto en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del librecambio han proclamado para mayor gloria y mayor felicidad de los hombres porque también esos principios han triunfado” (Arengas, pág. 292).

VICENTE FIDEL LÓPEZ (1815-1903)

Es el otro gran historiador de esta corriente.

Construye su obra histórica basándose en la tradición oral, especialmente de su padre Don Vicente López y Planes, ganando en calidez y tonos vivos aunque perdiendo rigor. En líneas generales, su relato es más atractivo que el de Mitre, aunque la interpretación -salvo algunos matices- es la misma. Sus obras más importantes son las siguientes:

“Introducción a la historia de la revolución argentina” (1861).

“La revolución argentina” (1861).

“Historia de la República Argentina”. 10 Tomos (entre 1883 y 1893), y “Manual de historia argentina” (entre 1889 y 1890).

POLÉMICA ENTRE MITRE Y LÓPEZ

Mitre “inauguró la escuela erudita”¹⁶, convirtiéndose, en su polémica con Vicente Fidel López, en el más riguroso custodio de la heurística, lo que no impidió, sin embargo, que cuando le acercaron una copia del Plan de Operaciones de Mariano



Moreno -que contradecía su imagen amable del Secretario de Mayo- la perdiese distraídamente.

Mitre criticó a López en carta a Barros Arana, por poca seriedad en las fuentes. López se enteró y en 1881, al publicar su “Introducción a la historia de la República Argentina”, cargó contra Mitre.

Mitre le contestó con “Comprobaciones históricas” y López publicó “Refutaciones a las comprobaciones históricas”.

Mitre ganó la polémica y luego se reconciliaron. Pero más allá de la discusión metodológica, Mitre y López coincidían, en general, en la interpretación de nuestro pasado (aunque López tomara, a veces, mejor ubicación política: profederal en 1853, industrialista en 1874). La circunstancia de que la obra de López avanzara más en el tiempo, provocó que los textos escolares se basaran más en ella, que en la de Mitre. De López, tomaron el antirrosismo virulento y la diatriba contra los caudillos, al tiempo que tomaban de Mitre el panegírico a Rivadavia.

La coincidencia entre estos padres de la Historia Oficial se revela especialmente en su antiartiguismo. Mitre en correspondencia a López, sostiene: “Los dos, usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente”¹⁷.

López, por su parte, agrega estos juicios: “Los caudillos provinciales que surgieron como la espuma que fermentaba de la inmundicia artiguista, eran jefes de bandoleros que segregaban los territorios donde imperaban a la manera de tribus para mandar y dominar a su antojo, sin formas, sin articulaciones intermedias, sin dar cuenta a nadie de sus actos, y constituirse en dueños de vidas y haciendas (...). Artigas fue un malvado, un caudillo nómada y sanguinario, señor de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, aborrecido por los orientales que un día llegaron hasta resignarse con la dominación portuguesa antes que vivir bajo la ley del aduar de aquel bárbaro”¹⁸.

En otra parte, pinta así a la base artiguista: “masa informe y grosera, brutales por hábito y por instinto”¹⁹. Luego, agrega: “El alma perversa de Artigas se connaturalizó con el desaliño grosero y los hábitos de violencia...”²⁰. “Toda burguesía decente y culta reclamaba protección contra las amenazas de la barbarie atroz e inclemente que Artigas promovía contra el orden social”²¹.

LUIS L. DOMÍNGUEZ (15/03/1819-20/07/1898)

En la segunda línea de los historiadores liberales encontramos a Domínguez (poeta, diplomático, ministro de Sarmiento). Ha militado en el unitarismo en la época de Rosas, vinculándose a Florencio Varela quien le facilitó el archivo personal de Bernardino Rivadavia, con el cual trabajó tomando su óptica elitista.

En 1861 publica su “Historia argentina”, por muchos años texto obligado para los escolares. Tanto este libro, como el “Manual” de Vicente F. López forman maestros y estudiantes, mientras las obras de Mitre, así como sus artículos de “La Nación” hacen cátedra entre la intelectualidad.



Esta Historia Liberal, ya convirtiéndose en Historia Oficial, es enriquecida, luego por varios publicistas, entre los cuales analizamos, seguidamente, a los de mayor importancia.

1) JOSÉ MANUEL DE ESTRADA (13/07/1842-17/09/1894)

Católico, pero liberal, fuertemente antirrosista. Historiador tipo López. Sus obras principales son:

- . “Lecciones sobre la historia de la República Argentina”, 5 tomos (1868).
- . “La política liberal bajo la tiranía de Rosas”, (1874).

2) MARIANO PELLIZA (25/09/1837-11/08/1902)

Publica numerosas obras, entre ellas, biografías de Dorrego, Pueyrredón, y Mármol. De tendencia liberal, escribe “La dictadura de Rosas”, “Historia argentina” (1888 - 5 tomos), “Historia argentina al alcance de los niños” (1892) e “Historia de la Organización Nacional” (1897).

3) PAUL GROUSSAC (TOULOUSE, FRANCIA 15/02/1848 - Bs. As. 27/06/1929)

Groussac ejerce el control de la historia académica, a partir del fallecimiento de Mitre. Ramón Doll dirá que “aquel viejo inhóspito presidió, con su sonrisa nevada, medio siglo de inquietudes artísticas y espirituales”²².

Es liberal -conservador y desdeñoso del país-. Director de la Biblioteca Nacional. Funda y dirige por muchos años la revista “La Biblioteca” (8 volúmenes) y desde 1896, los “Anales de la Biblioteca” (11 volúmenes).

Publica entre otras obras: “Del Plata al Niágara” (1897), “Liniers” (1907), “El Congreso de Tucumán” (1916), “Los que pasaban” (1919) y “Estudios de Historia Argentina” (1918).

4) JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA (24/12/1849-19/06/1914)

Médico psiquiatra, de tendencia liberal. Publica diversos trabajos que ejercen fuerte influencia, acentuando enfoques psicológicos y aún más, de psicopatología, para explicar a los caudillos y otras grandes figuras.

En “Neurosis de los hombres célebres” (1878), analiza psicológicamente al paraguayo Francia, al fraile Aldao, a Monteagudo y al Alte. Brown. Después, publica “La locura en la historia” (1895), “Las multitudes argentinas” (1899) y “Rosas y su tiempo” (1907).

También merecen citarse Antonio Zinny (09/10/1821-16/09/1890), en cuya obra sobresale la “Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta 1879”, Juan Agustín García (1862-1923), autor, entre otras, de “La ciudad Indiana” (aparecida en 1900), Vicente G. Quesada (05/04/1830-19/09/1913), quien publica “La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española” (1893) y



“Memorias de un viejo”, bajo el seudónimo de Víctor Gálvez (1888), y Ángel Justiniano Carranza (05/03/1834-11/05/1899), con su “Las campañas navales de la República Argentina, 1810-1870” y especialmente, “El general Lavalle ante la justicia póstuma” (1880).

Más allá de algunos matices, todos estos “padres” de nuestra historia -como habrá podido apreciarse- pueden ser alineados en el liberalismo conservador predominante y desde esa óptica se produjo su interpretación de los hechos históricos.

El propio Mitre intenta coronar académicamente esta preponderancia suya y de sus seguidores constituyendo el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata en 1856. ese intento se frustró pero, en 1901, presidida por el mismo Mitre, comenzó a funcionar la Junta de Historia y Numismática Americana que, en 1938, pasaría a constituir la Academia Nacional de la Historia. En 1906, a la muerte de Mitre, Paul Groussac pasa a constituirse en el custodio severo de esa Historia Oficial. El control de la clase dominante sobre diarios y revistas robustece esa dominación, favorecida, asimismo, por el carácter inmigratorio de las clases medias, que les imposibilita el conocimiento histórico por tradición oral. El “Facundo” de Sarmiento -no obstante carecer de carácter histórico- derrama, asimismo, su teoría de “civilización y barbarie” sobre periodistas y conferencistas, vigorizando de manera decisiva a la Historia Oficial como “La Historia”, única, indiscutible y “neutra”, capaz de explicar nuestro pasado.

ALFREDO GROSSO Y LA DIVULGACIÓN DE LA HISTORIA OFICIAL

El gran divulgador de la Historia Oficial es Alfredo Bartolomé Grosso (1867-1960). Se dan en él varios rasgos singulares que no constituyen las mejores cualidades para enseñar historia argentina: Contador Público, Profesor de Matemática y Contabilidad en el Colegio Nacional Norte (hoy Sarmiento), nacido en Corrientes, transcorre sus primeros años en Italia adonde lo llevan sus padres, ambos italianos, lo cual le impide enriquecerse con la tradición oral (el mismo Grosso cuenta que incluso en su casa hablaba genovés con su mujer e hijos y que tenía dos bustos: el de Colón y el del Dante).

Grosso vive ocupado como docente de matemática y contador en Tribunales, hasta que un día se le ocurre adentrarse en los libros de los “padres de la historia Argentina”: “Mis primeros apuntes los basé en lecturas de Mitre, López y Domínguez”²³. Así, en 1893, publica “Nociones de Historia Argentina”, una obra de 200 páginas, que en el lenguaje popular, se conocería como “el Grosso chico”. Después, en 1898, lanza “Curso de Historia Nacional”, 400 páginas, que se conocerá como “el Grosso grande”. Años más tarde, publica “Historia Argentina y americana -época colonial” (1940). Los libros de Grosso constituyen el vehículo fundamental a través del cual la Historia Oficial pasa al conocimiento de docentes y alumnos. Algunos periodistas sostienen que a lo largo de la vida de Grosso, se editaron más de 1.300.000 ejemplares de sus obras, mientras otros estiman que pueden haber alcanzado los 2.000.000.

A nivel de difusión escolar, estos libros de Grosso son continuados con textos de profesores también liberales como Ricardo Levene, J. C. Astolfi, José C. Ibáñez y otros.



LA VERDAD HISTÓRICA Y LOS FRANCO TIRADORES

La historia oficial estaba asentada en colegios, revistas, discursos oficiales. Ya era asumida por la intelectualidad.

Esta imposición lograba, además, tornar natural e incuestionable la exaltación de los héroes liberales a través de homenajes, artículos recordatorios en los periódicos, retratos en las escuelas y figuritas de la revista “Billiken”.

Asimismo, se verificaba aquello que Ricardo Rojas llamó “la pedagogía de las estatuas”, es decir el monopolio del mármol y el bronce por parte de los próceres liberales. Asimismo, la nomenclatura catastral: Rivadavia (tiene 120 cuadras, a 4 carteles por cuadra: 480 carteles), Bartolomé Mitre, Sarmiento, Lavalle, Viamonte, Monroe, Riestra, Liniers, etc. Frente al escaso o nulo recordatorio de los luchadores populares.

Esta superestructura cultural, imponiendo la historia de clase de la oligarquía dominante, genera una mentalidad colonial, ajena al país, a su pueblo y a los intereses de éste. Ricardo Rojas lo denuncia en 1909: “Siendo la emoción del propio territorio, la tradición de la propia raza, la persistencia del idioma propio y las normas civiles del propio ambiente, elementos vitales de nacionalidad, abandonamos esas cuatro disciplinas a la bandería del manual extranjero y a la ciencia de la lección rutinaria, dejando que la Geografía, la Historia, la Gramática, la Moral, que respectivamente corresponden aquellas en la enseñanza, se redujeran a ejercicio mecánico, sin las sugerencias estéticas, políticas y religiosas que deben vitalizar esos estudios”²⁴ y luego agrega: “El desarraigo intelectual que caracteriza a las clases universitarias en nuestro país, el desdén ambiente para con las cosas nativas, revélasenos ahora como consecuencia de un sistema pedagógico ajeno a la tradición y a los intereses de la sociedad que lo practica. Y tal exceso de exotismo no nos alarma, si no le hubiese acompañado un debilitamiento de la conciencia nacional y de las disciplinas morales, que el cosmopolitismo ambiente contribuye a mantener y fomentar. De esta suerte, la escuela ha sido desnacionalizada por el ambiente, en lugar de que la escuela influyese sobre la sociedad, argentinizándola”²⁵.

Pero para sostener la historia oficial no sólo se divulgaron libros encomiásticos sobre los próceres liberales, sino que hubo que ocultar importantes obras y artículos que la cuestionaban, entre otras:

1. “Vida del Chacho” por José Hernández: “Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generoso y valiente que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes. El general Peñaloza ha sido degollado... acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento... ¡Maldito sea! Maldito mil veces el partido envenenado con crímenes que hace de la República Argentina el teatro de sus sangrientos errores”²⁶.

2. Artículos sobre Mitre escritos por José Hernández.

3. “Pequeños y grandes hombres del Plata” y “El imperio del Brasil ante la democracia de América” por Juan Bautista Alberdi.

4. Olegario Andrade y su prosa política.



5. “El imperio y la alianza” por Guido Spano.

Sin embargo, a pesar del férreo control, aparecen voces disonantes. Algunos investigadores liberales pero honestos, otros con inquietudes nacionales: Adolfo Saldías, David Peña, Ernesto Quesada, Ricardo Rojas y Juan Alvarez.

1) ADOLFO SALDÍAS (1850-1914)

Liberal, admirador de Rivadavia, luego alemanista. Investiga la época de Rosas, buceando en el archivo del Restaurador, que le ha facilitado Manuelita Rosas, en Londres. No obstante su formación antirrosista, analiza honestamente la documentación y en 1881 publica el primer tomo de su obra bajo el título “Historia de Rosas”.

Este libro se lo envía a Mitre señalando que la “prédica de los odios constituye un verdadero peligro para el porvenir de las ideas, cuyo desenvolvimiento retarda”... Mitre le responde: “He pasado parte del día y casi toda la noche leyéndolo, lo cual, teniendo en cuenta las 920 páginas del grueso volumen, es casi un aplauso cerrado”. Pero “es un libro que debo recibir y recibo, como una espada que se ofrece galantemente por la empuñadura; pero es un arma del adversario en el campo de la lucha pasada, y aun presente, si bien más noble que el quebrado puñal de la mazorca que simbolizaría, por cuanto es un producto de la inteligencia”. Y contestando al prólogo de la obra, le descarga: “Si por tradiciones partidistas entiende usted mi fidelidad a los nobles principios porque he combativo toda mi vida, y que creo haber contribuido a hacer triunfar en la medida de mis facultades debo aclararle que conscientemente los guardo como guardo los nobles odios contra el crimen que me animaron en la lucha”²⁷. Recién años después, en 1892, Saldías -no obstante la irritación que observa en los núcleos liberales- se anima a publicar la obra entera titulándola “Historia de la Confederación Argentina”, en varios tomos. Luego, entre 1904 y 1907, publica “Papeles de Rosas”, pero desde entonces prefiere ocuparse en tareas judiciales, catedráticas y diplomáticas.

2) DAVID PEÑA (10/07/1862-09/04/1930)

Doctor en leyes y diputado nacional, el santafecino Peña provoca perplejidad -y malestar- cuando, en 1903, dicta varias conferencias en la Facultad de Derecho reivindicando a Facundo. Luego, en 1906, las recopila en un libro titulado “Juan Facundo Quiroga”. Incursiona, asimismo, en el teatro con dos obras: “Facundo” (1906) y “Dorrego” (1911). También produce “Contribución al estudio de los caudillos argentinos” donde disiente con la interpretación sarmientina y luego, “Historia de las leyes de la Nación Argentina” (1916).

Peña anuda una estrecha amistad con Juan Bautista Alberdi y en varias oportunidades sale a la defensa del tucumano, especialmente frente a los ataques del mitrismo: “Basta de Alberdi” (1894), “Defensa de Alberdi” (1911) y “La traición de Alberdi: viejo leit motiv” (1914). Su alineamiento a favor de la reivindicación histórica de Facundo, Dorrego y Alberdi es motivo suficiente para que Peña sea condenado por los medios controlados por la clase dominante.



3) ERNESTO QUESADA (1858-1934)

Realiza una obra histórica muy rigurosa, con implacable documentación. Investiga directamente de los archivos, trabajando así con la documentación original de su padre Vicente G. Quesada (de origen urquicista, quien ocupó importantes funciones en el mundo diplomático) y con la documentación del General Pacheco (militar de la Confederación rosista), a la cual accedió en razón de su casamiento con Eleonora Pacheco, hija del General.

Escribe “La época de Rosas” (1898), cinco tomos que tratan el período 1838-1841, uno de los primeros y más serios trabajos que confrontan con la Historia Oficial.

Colabora con su padre en la “Nueva Revista de Buenos Aires”, ejerce la cátedra y reivindica, asimismo, la figura de su suegro, Ángel Pacheco en “Pacheco y la campaña de Cuyo”, dando a luz otros trabajos sobre Historia, Derecho, y cuestiones sociales. Pero, después de su libro sobre Rosas, el ámbito local dejó de serle favorable. En 1915 se aleja del país, pasando a residir en Berlín. Allí es catedrático y cede a la Universidad, la enorme biblioteca de su padre, en base a la cual se constituye el Instituto Iberoamericano de Berlín. Luego, pasa a Suiza y se asienta en Berna, en un lugar que se llama “Villa Olvido”, donde fallece el 7 de febrero de 1934, en el más absoluto aislamiento.

4) RICARDO ROJAS (16/09/1882-29/07/1957)

Este ensayista tucumano se preocupa especialmente de nuestra identidad nacional, en sus primeros libros: “Cosmópolis” (1908), “El país de la selva” (1907), “Blasón de Plata” (1910) y “Argentinidad” (1916). En este último reivindica a los federales y critica a Bernardino Rivadavia. Pero la principal obra de esa época es “La restauración nacionalista”. Enviado a Europa para indagar acerca de la enseñanza de la historia, Rojas publica este informe a su regreso, alertando acerca del peligro que corre la conciencia nacional dada la enseñanza histórica que prevalece en la Argentina. Sostiene Rojas: “El momento aconseja con urgencia imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y de las humanidades²⁸...” “Nuestro sistema (de enseñanza) falló también, según lo he demostrado, a causa del vacío enciclopedismo y la simiesca manía de imitación, que nos llevara a estériles estudios universales, en detrimento de una fecunda educación nacional. Así se explica que estén saliendo de nuestras escuelas, argentinos sin conciencia de su territorio, sin ideales de solidaridad histórica, sin devoción por los intereses colectivos, sin interés por la obra de sus escritores²⁹”. Esta osadía de Rojas, convirtiéndose en uno de los primeros en impugnar la enseñanza por su concepción antinacional, le vale el silenciamiento.

Tanto “La Argentinidad”, como “La Restauración Nacionalista”, reciben la frialdad e incluso la crítica de la prensa. Medio siglo después, Alfredo de la Guardia todavía insiste en que “los ataques a Bernardino Rivadavia (por parte de Rojas) “no son justos³⁰”. Asimismo, De la Guardia, en su ensayo sobre Rojas, no sólo se desinteresa por analizar en profundidad “La Restauración ...” sino que incluso hace referencia “al recelo que despertó en algunos lectores³¹” y que hubo quienes habían creído por error o conveniencia que “La Restauración Nacionalista, en su esencia, era una prédica reaccionaria³²”.



Rojas se recluye a partir de 1917 en su “Historia de la Literatura Argentina” en la cual trabaja varios años y al concluir, publica conjuntamente un ensayo donde persiste en la búsqueda de la identidad nacional, ahora por lo indoamericano: “Eurindia” 81922). Pero ya está quebrado. A pesar de su viraje político -del conservadorismo al radicalismo antialvearista- así como la publicación de “El Radicalismo de mañana, en 1933, concluye sumergiéndose en el mundo de la cultura consagrada (“El Santo de la espada”, “El profeta de la Pampa”).

5) JUAN ÁLVAREZ (1878-1954)

Hombre de Derecho, afiliado al liberalismo conservador, Juan Álvarez publica en 1912 “Las guerras civiles argentinas”. Allí explica nuestra historia no como lucha entre “civilización y barbarie” sino centrando el antagonismo Buenos Aires-Interior en sus causas económicas, tanto la puja por controlar los recursos aduaneros del puerto único como la oposición entre libre importadores y proteccionistas. Esta obra constituye un avance importantísimo en nuestra investigación histórica. Como señala Miguel Ángel Scenna, “al igual que Ricardo Rojas, Álvarez se negó a seguir por esa senda inédita, pero incierta. El grueso de su obra fue, en adelante, de carácter jurídico”³³.

Efectivamente, en los sectores dominantes de la política y de la cultura no cae bien esa interpretación de nuestras guerras civiles que descarta la interpretación sarmientina de “civilización o barbarie” para buscar la causa en el terreno de la economía.

6) FRANCISCO V. SILVA

Historiador cordobés, de orientación católica, es autor de “El reparto de la América Española”, “Vida del Deán Funes” y especialmente, “El Libertador Bolívar y el Deán Funes en la política argentina. Revisión de la Historia Argentina”, publicado en 1916. en esta obra, Silva reivindica a los caudillos federales y sostiene que “es indiscutible que desde 1810 se viene redactando la Historia Argentina viciosamente con un solo criterio: el del puerto de Buenos Aires”³⁴. Reivindica, asimismo, a Bolívar, rechazando las injurias vertidas por el mitrismo y señala que no cabe pasar en silencio, “entre las adulteraciones históricas de Buenos Aires, la de aquel ilustre caudillo de la Banda Oriental que se llamó Artigas y que fue digno de que Córdoba del Tucumán le ofreciera una espada con esta dedicatoria: “Al Protector de los Pueblos Libres”³⁵. Esta obra de Silva -cuyo sugestivo subtítulo resulta notablemente anticipatorio- va patrocinada por la Editorial América que levanta con su exclusivo esfuerzo ese mosquetero antiimperialista que se llama Rufino Blanco Fombona. Tenazmente dedicado a la reivindicación de Bolívar, Fombona publica en esa editorial algunos textos importantes que hacen a la revisión de nuestra historia como, por ejemplo “Ayacucho y el prevaricato de Rivadavia”, del boliviano Gabriel René Moreno y “Rosas y Thiers. La diplomacia europea en el Río de la Plata”, del mejicano Carlos Pereira, donde se desnuda la páfida intervención extranjera en el Río de la Plata en la época de la Confederación.

Sin embargo, estos francotiradores no logran conmover los cimientos de la historia mitrista sostenida por la clase dominante. Peña, silenciado, Saldías y Álvarez



dedicados a otros menesteres menos peligrosos, Silva, aislado, Quesada, exiliado, Rojas, amansado ante “La Nación”, la Historia Oficial continúa imperando lozanamente en escuelas, academias y periódicos.

LA CORRIENTE LIBERAL DE IZQUIERDA O MITRO-MARXISMO

PRINCIPALES DIVULGADORES

1) JUAN BAUTISTA JUSTO (28/06/1885-08/01/1928)

Médico higienista, traductor de “El Capital” de C. Marx, director del periódico “La Vanguardia”, Justo es el principal impulsor del Partido Socialista. Es defensor de la moneda sana, el librecambio y la cooperación libre. Influido conjuntamente por la concepción social demócrata alemana y el liberalismo conservador de la clase dominante, Justo concluye compartiendo las tesis liberales en materia histórica. Así, en una conferencia dictada el 18/07/1898, sostiene: “Las montoneras eran el pueblo de la campaña levantado contra los señores de las ciudades... era la población de los campos acorralada y desalojada por la producción capitalista... Los gauchos eran el número y la fuerza y triunfaron. Pero su incapacidad económica y política era completa... Pretendían paralizar el desarrollo económico del país manteniéndolo en un estancamiento imposible... El matiz del fanatismo religioso de que se tiñó en ciertos momentos el movimiento campesino, señala también su sentido retrógrado”³⁶.

De este modo, con otra fraseología, coincide con la “civilización o barbarie” de Sarmiento.

De idéntica manera, Justo coincide, por izquierda, con la clase dominante al desconocer la existencia de una cuestión nacional en la Argentina de principios de siglo, ya semicolonias del Imperio británico. En la conferencia titulada “La teoría científica de la historia” (08/07/1898), manifiesta: “¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades? Los africanos no han vivido ni viven entre sí en una paz idílica; todavía en nuestros días, el jefe zulú Tschalha ha aniquilado 60 tribus vecinas y hecho perecer 50.000 individuos de su propia nación. Crimen hubiera sido una guerra entre Chile y la Argentina por el dominio político de algunos valles de los Andes, cuya población y cultivo se harán lo mismo bajo uno u otro gobierno. ¿Pero vamos a reprocharnos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la Pampa?”³⁷.

En ese mismo trabajo expresa, refiriéndose a EE. UU., Méjico y Centroamérica: “Ya había salido de los Estados Unidos el primer buque a vapor que surcara los mares, ya cruzaban aquel país vías férreas y líneas de telégrafo, ya sus instituciones políticas llamaban la atención del mundo, y todavía el dictador Santa Ana se oponía en Méjico a la construcción del primer ferrocarril, porque, según él, iba a quitar el trabajo a los arrieros. Nada de extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización Norteamérica, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de Méjico, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituido siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California...”³⁸

Asimismo, sostiene respecto a Cuba: “Prescindamos de las ganancias que puedan haber valido al sindicato norteamericano del azúcar sus negras maniobras para precipitar esa guerra y determinar la anexión a la isla. Cuba está ahora más cerca



de España, pues la correspondencia entre ambos países cuesta tanto como entre dos cualesquiera de la Unión Postal Universal, no el doble, como antes. El valor de la tierra de Cuba y sobre todo de Puerto Rico, a la cual se encuentran ahora aplicaciones nuevas y provechosas, ha subido, por mayor gloria de los terratenientes españoles, dueños de gran parte del suelo de esas islas. Y la inmigración española a Cuba ha aumentado después de la guerra: en el trienio 1904-1906 ha llegado a 76.558 personas, cifra a que jamás alcanzó antes en igual tiempo, excluidos los soldados y empleados civiles y militares. ¿No son guerras como ésta la mejor lección de antipatriotismo, y aun la mejor escuela de traidores a la patria? No puede atribuirse a otra causa el hecho singular de que, apenas libres del gobernador español los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner orden y mantener en paz a esos hombres de otra lengua y de otras razas”³⁹.

Así, con citas de Marx -olvidando el enriquecimiento del marxismo operado por Lenin- se legitima que europeos y yanquis “civilicen” a los “bárbaros” latinoamericanos.

2) JOSÉ INGENIEROS (nacido en Palermo, Italia, el 14/04/1877. Fallecido el 31/10/1925)

De inquietudes diversas, Ingenieros incursiona en la Medicina, la Psiquiatría y la Sociología, ambulando también por los campos de la Historia. Entre 1917 y 1920, publica varios estudios que conforman su libro “La evolución de las ideas en la Argentina”.

También aquí se presenta la subordinación al pensamiento histórico dominante, con la utilización de fraseología izquierdista. Así, donde Mitre y López hablan de atraso y barbarie, Ingenieros habla de feudalismo. Donde el mitrismo señala “civilización”, Ingenieros señala “modernización”. Los revolucionarios de Mayo son “discípulos de los enciclopedistas”, los caudillos, “señores feudales”, los unitarios, “santsimonianos” y Rosas, “la restauración”.

Las categorías propias del socialismo europeo sólo adornan el relato histórico, en cuyo contenido persiste viva la concepción de “civilización” (los hombres de Buenos Aires) o “barbarie” (los caudillos federales). En sus últimos años, Ingenieros revé posiciones políticas y constituye la Unión Latinoamericana, adhiere a la Revolución Rusa (conferencias sobre “Los Tiempos Nuevos”) y se convierte en amigo y asesor de Felipe Carrillo Puerto, el caudillo agrarista de Yucatán, pero, sin embargo, no vuelve al terreno de la historia para rectificar sus erróneas interpretaciones.

3) ALFREDO LORENZO PALACIOS

A través de su padre -Aurelio Palacios, dirigente de los “blancos” orientales, compañero de José Hernández, tenaz opositor a la Guerra de la Triple Alianza, antimitrista definido-, Alfredo Lorenzo conoció seguramente la verdadera historia, así como la deformación consumada por Mitre y sus seguidores. Una anécdota infantil así lo ratifica: el pequeño Alfredo vuelve del colegio y le cuenta, muy contento, a sus padres que junto con sus compañeros de grado lo han llevado a visitar a Mitre, quien lo saludó afectuosamente. El padre reacciona vivamente y le da un cachetazo. La madre le explica, luego, que don Aurelio fue perseguido con saña por el mitrismo⁴⁰.



No extraña, pues, que Palacios reivindique lo iberoamericano, defienda a los cabildos como institución española cuna de la democracia, condene el librecomercio y justifique los levantamientos montoneros⁴¹.

Así también refuta a Juan B. Justo sosteniendo que “las poblaciones campesinas no eran incapaces de adaptarse a la producción capitalista”, sino que no podían competir con la industria inglesa⁴².

Sin embargo, su conciliacionismo político -que lo convierte en enemigo del yrigoyenismo y del peronismo y lo conduce, finalmente, al cargo de embajador argentino en el Uruguay, como funcionario del gobierno de Aramburu- se manifiesta también en sus posiciones históricas. Así publica “Echeverría, albacea del pensamiento de Mayo” y califica a Rivadavia como hombre progresista, precursor del socialismo agrario de Henry George o elogia reiteradamente a Sarmiento y Mitre en sus conferencias.

OTROS CASOS DE MITROMARXISMO

El pensamiento histórico de la clase dominante, como se ha sostenido, prevalece en esas últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX. Entonces pocos son los pensadores izquierdistas capaces de comprender las peculiaridades de la Argentina y que, en manos de la oligarquía, esa historia mitrista resulta una poderosa arma política. Uno de ellos fue Manuel Ugarte, que será analizado en un fascículo posterior. Otro, con menor vuelo, Enrique del Valle Iberlucea quien, quizás por su origen español, pudo avanzar correctamente en la caracterización de la Revolución de Mayo.

Así, en “Las Cortes de Cádiz, revolución en España y en América”, aparecido en 1912, Del Valle Iberlucea conecta ambos procesos, apartándose de la interpretación mitrista que centra el movimiento de 1810 en la obtención del comercio libre.

Más allá de estas expresiones, el mitrismo domina en aquella vieja izquierda. Aunque no haya sido historiador, resulta enriquecedor transcribir algunas opiniones del dirigente socialista Enrique Dickman, demostrativas del predominio de los mitos liberales sobre esta tendencia política: “Vociferar contra el extranjero es conspirar contra el progreso técnico y económico del país... Si algo valemos técnica y económicamente es debido a la perseverante e inteligente labor de los extranjeros. Ellos introdujeron el riel y el arado, la locomotora, el dínamo y nos dieron los hombres aptos para conducir el tren a través de la pampa infinita... Sus buques navegan nuestros caudalosos ríos y sus trenes recorren nuestra fértil campaña... La “riqueza nacional” cantada tantas veces por políticos y poetas no es, por cierto, obra de los nativos indolentes por temperamento y naturaleza”⁴³.

Del mismo modo, los anarquistas mantienen en sus altares laicos a los próceres y las ideas sustentadas por la clase dominante. Osvaldo Bayer, en su libro “Los anarquistas expropiadores, S. Radowitzky y otros ensayos”⁴⁴, reproduce estas letras de canciones que resultan contundentes: “El gran Sarmiento escribió / las ideas no se degüellan / a los hombres se atropella / pero al pensamiento, no / ¿Acaso lo comprendió / esa chusma electoral / esa recia comicial / que piensa en bancas con puerta / esa muchedumbre muerta: / la vergüenza nacional?” (Pág. 127).



Y esta otra: “Y el mesías del noventa / y del cuatro de febrero / resultó más bandolero / ¡que Rosas en el cuarenta!... chusma ignara, cuartelera / que en la gran lucha social / ignora el valor moral / que entiende la clase obrera 7 Horda nula, montonera, / del cantón y del piquete / que rudamente arremete / a la pensante ralea / creyendo tronchar la idea / con un tajo de machete”.

En pocos versos aparecen claramente los mitos oligárquicos: “el gran Sarmiento”, la cultura como opuesta a “la chusma”, a la “recua”; el autoritarismo de Yrigoyen identificado con Rosas y ambos descalificados por “bandoleros”, la falta de cultura como expresión de lo reaccionario, a su vez identificada con la “montonera”.

Estas posiciones se ratifican en la mayor parte de los poemas anarquistas, así como en sus ensayistas se percibe el desdén por los movimientos populares, dada “la incultura” de las masas.

LA NUEVA ESCUELA HISTÓRICA

La irrupción del radicalismo en la política argentina, sus luchas y su ascenso al poder, en 1916, gestan una nueva corriente historiográfica: la Nueva Escuela Histórica.

La naturaleza del movimiento presidido por Yrigoyen -por un lado, con fuerte influencia federal en las provincias y por otro, con marcado acento inmigratorio en el litoral- se refleja en el nuevo grupo de historiadores, donde se contraponen tendencias a reivindicar a Rosas, con inclinaciones a conciliar con la historia mitrista predominante.

Los antecedentes de esta corriente los encontramos en 1912 cuando Norberto Piñeiro crea la Sección Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Bajo la dirección de Luis M. Torres se publican entonces “Documentos para la Historia Argentina” y en 1921, se echan las bases del Instituto de Investigaciones Históricas, que resultará el cuartel general de la Nueva Escuela Histórica, con la destacada acción de Emilio Ravignani.

1) EMILIO RAVIGNANI (1886-1954)

Hijo de inmigrantes, militante radical, profesor de historia y luego diputado nacional, Ravignani concreta una obra importantísima de recopilación de documentos al frente del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras. Ideológicamente es liberal, definido por la línea alvearista de la U.C.R., y luego, antiperonista, lo cual no le impide constituirse en uno de los descubridores de Artigas, a quien juzga “el argentino más federal”. Del mismo modo, es cautivado por el período de la Confederación y centra su atención en la figura de Juan Manuel de Rosas.

En la obra de Ravignani se observa el dilema entre la atracción que sobre él ejerce la figura de Rosas y su militancia en el partido que, en líneas generales, acepta la Historia Oficial, aún cuando el mismo Yrigoyen fuese nieto de un mazorquero. José María Rosa cuenta que hacia 1938 ó 39, “una revista hizo una encuesta sobre el tema Rosas. Ravignani tituló su colaboración “Ni con Rosas ni contra Rosas”, pero debía ser para disimular porque su opinión era rosista en todo lo principal... Era un hombre serio que investigaba la evolución política. Comprendía muy bien el Pacto Federal y su



importancia y daba a Rosas el mérito de haberlo originado, dando nacimiento a la Confederación... pero en conferencias políticas se cuidaba un poco. Era político y no le convenía traer perturbaciones a su gente”⁴⁵.

M. A. Scenna reproduce esta opinión de Ravnani que en su época y en los círculos en que él se movía debió resultar insólita: “... Los desvíos partidistas de los unitarios, sin fundarse en el poder de los pueblos, incurrieron en el grave error de buscar en el extranjero el apoyo militar, pero, sin quererlo, por oposición, dieron estabilidad a Rosas para resistirlos, convirtiendo la guerra civil en una guerra internacional... La política americana de Rosas y su resistencia a los intereses europeos, aun no se han considerado con un verdadero sentido nacional, libre de prejuicios polémicos”⁴⁶.

Ravnani lleva a cabo una notable tarea de acumulación y ordenamiento de documentos en el Instituto mencionado. Asimismo, publica una veintena de obras, entre las cuales se destacan: “Historia Constitucional Argentina” en 3 tomos (1926-1930) y “Asambleas constituyentes argentinas”, en 7 tomos (1937-1940).

De esa Nueva Escuela Histórica sobresalen, entre otros, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Rómulo D. Carbia y Diego Luis Molinari.

2) DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU

Nacido en Entre Ríos, en 1888, participa de la Nueva Escuela Histórica para pasar luego al revisionismo nacionalista.

Al igual que Ravnani, se siente fuertemente atraído por la personalidad del Restaurador de las Leyes pero va más allá que su colega y se define rosista.

Publica varias obras, entre ellas: “De la época de Rosas” (1913), “Rosas, historia y fábula” (1915), “El Chacho, Gral. Ángel Vicente Peñaloza” (1915), “Dos cuestiones históricas” (1916), “Sombra histórica” (1923) y “Rosas” (1929).

Años después, integra el Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”.

3) RÓMULO D. CARBIA (1886-1944)

Profesor universitario. De su inicial paso por la Nueva Escuela Histórica deriva luego al revisionismo católico. Entre sus obras se destacan: “historia eclesiástica del Río de la Plata” (1914), “Lecciones de Historia Argentina” (1917), “Historia crítica de la historiografía argentina” (1925), “Nueva historia del descubrimiento de América” (1936) e “Historia de la leyenda negra hispanoamericana”.

4) DIEGO LUIS MOLINARI

Nacido en Buenos Aires, el 30 de julio de 1889.

Profesor de historia, diplomático, senador en 1946, Molinari también milita inicialmente en el radicalismo e integra la Nueva Escuela Histórica. Años después, se aparta del radicalismo y asimismo, se desplaza, en sus posiciones históricas, al



nacionalismo, desde las cuales polemiza con su antiguo compañero de militancia radical, Emilio Ravignani.

Escribe, entre otros, los siguientes trabajos: “La trata de negros” (1914), “El gobierno de los pueblos” (1916), “La empresa colombina y el descubrimiento de América” (1936), “Viva Ramírez” (1937), “La representación de los hacendados y su ninguna influencia en la vida económica del país y en los sucesos de Mayo” (1939), “El nacimiento del Nuevo Mundo” (1941) y “Prolegómenos de Caseros” (1962).

Como ha podido observarse, mientras algunos historiadores de la Nueva Escuela permanecen bajo la presión de sus contradicciones como Ravignani, otros se alinean con el revisionismo católico, como Carbia, o con el revisionismo rosista, como Molinari y Corvalán Mendilaharsu. En cambio, otra importante figura de esa escuela opta por el camino del regreso hacia la Historia Oficial: se trata de Ricardo Levene.

LOS NUEVOS CUSTODIOS DE LA HISTORIA OFICIAL

El poder económico de la clase dominante resulta factor decisivo para que, el calor de editoriales, revistas, suplementos de los grandes diarios e incluso el ocio necesario para la investigación, la Historia Oficial se mantenga indemne. Como se ha visto, la defección de la vieja izquierda al incurrir en el mitromarxismo frustró la posibilidad del cuestionamiento que debió haber provenido de sus filas. Así también, los disidentes como Saldías, Peña, Alvarez y otros fueron pasando al olvido, carentes de reediciones y con muy escasos discípulos. De idéntica manera a como vacila el radicalismo en su tarea política, la Nueva Escuela Histórica -aún dejando importantes aportes en la investigación- declina, sin debilitar las bases de la versión mitrista. Subsisten, entonces, los viejos mitos y las antiguas fábulas, apareciendo asimismo los “nuevos custodios” que desde los suplementos de La Nación, la cátedra o la Academia aseguran la sobrevivencia en la enseñanza, en el salón de conferencias y en la nomenclatura pública, de los próceres liberales.

1) RICARDO LEVENE (1885-1959)

Discípulo de Paul Groussac, Levene se convierte en el gran cancerbero del panteón mitrista.

De posición ideológica liberal, dicta cátedra en los más diversos colegios, así como preside instituciones y organismos vinculados a la Historia. En 1912, publica “Lecciones de Historia Argentina”, en dos tomos, texto de enseñanza para colegios secundarios, que alcanza la relevancia de los libros de Grosso. Hacia 1950, “Lecciones...” lleva 21 ediciones.

En 1914, se incorpora a la Junta de Historia y Numismática Americana, alcanzando su presidencia en 1927. Tiempo más tarde, esta Junta se convierte en Academia Nacional de la Historia en la cual Levene se mantiene como presidente durante 25 años.

En 1920, completa la obra de B. Mitre, quien había escrito sobre Belgrano y San Martín, publicando su “Moreno y la Revolución de Mayo”, en tres tomos, donde retrata a un Moreno escolar, por supuesto sin el Plan de Operaciones.



Scenna señala que “Levene dogmatizó la posición clásica y se constituyó en el máximo campeón de la Historia Oficial... recibiendo los más duros embates de los revisionistas, a quienes calificó de “ignorantes e improvisadores”⁴⁷.

También, impulsa la Comisión Nacional de Museos y dirige la “Historia de la Nación Argentina”, preparada por la Academia de la Historia.

Manuel Gálvez sostiene que “Levene ha sido, sin saber demasiada historia, el Padre de nuestra Historia” y agrega: “Era un hombre adaptable”⁴⁸, y de ahí, las contradicciones en su obra. Si bien asume la historia oficial, publica que “las Indias no eran colonias” o elogia la relación de San Martín con los caudillos (significativamente, durante el gobierno peronista).

Entre otras obras, cabe destacar: “Introducción a la historia del derecho indiano” (1924), “La anarquía de 1820 y la iniciación de la vida pública de Rosas” (1933), “El proceso histórico de Lavalle a Rosas” (1933), “Mitre y los estudios históricos de la Argentina” (1944), “Historia de las ideas sociales argentinas” (1950), “Las indias no eran colonias” (1952), “Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato” (1953).

En la huella de R. Levene, encontramos a historiadores que se distribuyen a los próceres liberales, para exaltarlos. Así, **Ricardo Piccirilli** (nacido en 1900), coautor con Francisco Román y Leoncio Gianello de un “Diccionario histórico argentino”, en seis tomos (1954/55), vuelca sus mayores esfuerzos en la reivindicación de Rivadavia en su obra “Rivadavia y su tiempo”, en dos tomos, aparecida en 1943.

Del mismo modo, **Leoncio Gianello** (nacido en Entre Ríos en 1908) publica “Historia del Congreso de Tucumán”, pero su principal libro aparece en 1948, editado por Kraft y lleva por título “Florencio Varela”. Allí, trata de reivindicar al político unitario y en especial demostrar que su misión a Europa no llevaba el propósito de desmembrar la Mesopotamia argentina. En cambio, acepta que buscó la alianza del extranjero para derrocar a un gobernante argentino, aunque -afirma- “tal actitud era de patriotismo y no de traición, como bien lo afirmara Don Florencio (pues) la lucha no era contra el país sino contra Rosas”⁴⁹.

2- ALBERTO PALCOS (nacido en 1894)

Se ocupa, por su parte, de exaltar a Sarmiento, Echeverría y Rivadavia. Dirige la biblioteca “Grandes escritores argentinos” y publica, entre otras obras, “Sarmiento” (1929), “El Facundo” (1934), “La visión de Rivadavia” (1936), “El ideal panamericano de Sarmiento” (1938) y “Echeverría y la democracia argentina” (1943), integrando, por supuesto la Academia de Historia.

El profesor **Ricardo Callet Bois** también integra la Academia. No resulta casual, según señala M. A. Scenna, que “para Callet Bois sólo hubo un momento en que la Cancillería argentina tuvo una meta precisa y ese momento fue cuando el gobierno de Mitre firmó el tratado de la Triple Alianza”. Esta referencia corresponde a su libro “Cuestiones internacionales (1852-1966)”⁵⁰.

A su vez, el académico **León Rebollo Paz** se dedica a analizar el período de esplendor del mitrismo, desde la óptica liberal, en “Historia de la organización nacional 1850/1880”, aparecido en 1951. Otro experto en la defensa de Don Bartolo es **Miguel**



Angel De Marco, nacido en Rosario en 1938, De Marco se preocupa de la guerra contra el Paraguay desde una perspectiva mitrista, habiendo publicado diversos opúsculos. A ellos agrega “La Guardia Nacional en la guerra del Paraguay” y últimamente, una biografía de Mitre.

También puede recordarse a **Bernardo González Arrili**, cuya juventud izquierdista (“El futuro de América”, 1922, con prólogo de Manuel Ugarte) queda en el olvido cuando comienza a escribir libritos mitristas para niños en la colección Billiken, hasta conquistar finalmente un amplísimo despacho propio en el diario “La Prensa”, todo lo cual motiva aquel brulote de Jauretche, en analogía con el personal de servicio: “Historiador con cama adentro”. Por su parte **Armando Braun Menéndez**, académico, ofrece una visión idealizada de la historia patagónica donde osados pioneros siembran civilización en el desierto, por supuesto, sin pagar a tantos pesos la oreja de indio.

A su vez, otro académico, **Armando Alonso Piñero** (“La historia argentina que muchos argentinos no conocen”, 1979), según lo certifica la solapa de uno de sus libros, ha realizado una cíclopea tarea: 5000 artículos, 100 conferencias, 26 libros, 14 folletos, más de 30 prólogos. Colaborador de “La Nación”, ha recibido el premio ADEPA -Rizzuto y el Sip- Mergenthaler, de la Sociedad Interamericana de Prensa, de los Estados Unidos, como así también el Primer Premio del regimiento de Granaderos a Caballo y el Primer Premio de la Institución Mitre. Sin embargo, su más destacada labor intelectual se concreta durante el “proceso” genocida dirigiendo una serie de libros lanzados para denostar a los militantes y pensadores populares, como se sabe “subversivos que atentaban contra las beneméritas instituciones” del capitalismo dependiente.

Como ha podido apreciarse, tanto “La Nación” como la Academia Nacional de la Historia, constituyen el punto de reunión de los historiadores liberal-conservadores y sólo muy excepcionalmente, en esta última logra filtrarse alguien capaz de disentir con los mitos consagrados. Debe notarse, en relación a la Academia, que su integración provoca a menudo interrogantes, generalmente insatisfechos. En 1957, por ejemplo, se incorpora **Jorge A. Mitre**, no contando en su haber con un listado importante de obras publicadas. Sólo puede conjeturarse que allí impera todavía la sucesión propia del derecho divino y que el apellido, así como dirigir “La Nación” entre 1912 y 1932 y desempeñarse como secretario y presidente del Museo Mitre, desde su fundación hasta 1950, son motivos suficientes.

Menos explicable aún resulta la pertenencia a esa venerable institución por parte del poeta Arturo Capdevilla, del fisiólogo Bernardo Houssay o del Cardenal Caggiano. Lo que puede asegurarse es que ninguno de ellos desentona en su sumisión a la Historia Oficial.

LA NUEVA CAMADA DE MITROMARXISTAS

El error cometido por socialistas y anarquistas a principios de siglo lo reproducen los historiadores del Partido Comunista, décadas después.

Aníbal Ponce, por ejemplo, publica, en 1938, “Sarmiento, constructor de la nueva Argentina”⁵¹. Se trata de un trabajo apologético, en la línea de la historia mitrista. Rosas es “el Tirano” y Sarmiento, “el grande hombre” (pág. 41). Alberdi es “pensador penetrante pero de carácter díscolo y de conducta oblicua... cuyas cartas



(polemizando con Sarmiento) ocultaban la perfidia más sutil” (pág. 147), “La civilización” y “la barbarie” se contrastan: “Como Sarmiento consideraba imposible organizar al país dentro de la orientación que Rosas había restaurado y que Urquiza en parte mantenía, aspiraba a que el espíritu liberal de Buenos Aires hiciera llegar hasta las más oscuras regiones del país un soplo siquiera del alma de Europa” (pág. 149 y 150). Y Mitre es prócer: “Mitre reconstruyó la República sobre bases muy distintas a las de las viejas oligarquías que Urquiza había respetado. Envío al interior con ese objeto un ejército que asegurara la victoria... y ante la proximidad de las tropas, los eternos gobernadores de Cuyo pusieron la cordillera de por medio” (pág. 159).

Ponce concluye abominando de las masas y aún peor, alabando la aplicación de trabajos forzados: “El Chacho se había convertido en nuevo azote de Dios. Al frente de sus turbas fanatizadas, talaba campos y saqueaba ciudades... El autor de Facundo perseguiría esta vez con algo más que con la pluma a esas montoneras bárbaras que habían sido durante tantos años la vergüenza y el espanto del país. Tuvo la fortuna de derrotar al Chacho y de condenar a la turba miserable que le seguía al tremendo castigo de empedrar las calles...” (pág. 165).

En el “Manual de Historia Argentina”, publicado por **Juan José Real** -cuando aún no había sido expulsado del Partido Comunista- se reitera, asimismo, el criterio empleado por José Ingenieros, varias décadas atrás: asume la Historia Oficial reemplazando la terminología liberal por la marxista, es decir adjudicando a los caudillos, no “barbarie”, sino “feudalismo” y a las elites porteñas, no “civilización”, sino “progresista espíritu burgués”⁵².

Asimismo, sostiene: “en la lucha por la independencia, el libre comercio y la unidad nacional, se agruparon, en mayo de 1810, los hombres más progresistas y avanzados de la época... Los productores del interior, los grandes terratenientes y ganaderos del litoral, (estaban) interesados en el mantenimiento de las formas feudales de producción... (pág. 112) “Rosas representa el localismo estrecho contra la nacionalidad: el localismo feudal contra la nación burguesa”⁵³.

Por su parte, **Álvaro Yunque**, estimable poeta y cuentista, cuando se interna en el campo de la historia, bajo la guía de Codovilla y sus huestes, comete los mismos errores que los viejos izquierdistas. Cabe recordar, en este caso, un desorbitado elogio a Mitre en “Breve historia de los Argentinos”, sólo comparable al de los suplementos dominicales de La Nación: “Mitre es un constructor... Ha nombrado ministros liberales y progresistas... Se construyen ferrocarriles... Los capitales, en su mayoría, son ingleses. Las vías férreas producen cambios sociales. La vida patriarcal y rutinaria se inquieta, las costumbres coloniales cambian, se ahuyentan las supersticiones. Y con las costumbres, las ideas. Se trazan caminos. Se proyecta, se sueña. El optimismo y la fe en el futuro de la patria crece... Se combate la ignorancia como al enemigo de donde puede salir la fuerza que sostenga al tirano posible (En la ignorancia de los pobres se apoyó Rosas, con sus intereses ganaderos, para hacerse fuerte). No todo es paz y progreso. En las provincias aún se levantan montoneras. Aún la pobreza gaucha es mucha y encuentra caudillos como “El Chacho” que intentan resolver la injusticia con las armas... La organización nacional se ve amenazada... Verdadero demócrata, Mitre no cree en hombres providenciales, en Mesías que al fin, todos, sea el caso de Rosas, resultan déspotas sangrientos”⁵⁴.



Llevado de este exultante mitrismo, aborda la guerra con el Paraguay: “Es una guerra entre clases sociales. Es la guerra del capitalismo industrial contra los restos del feudalismo”. Seguidamente, nos sorprende por sus afirmaciones aunque obtenga de ellas conclusiones disparatadas: “El capitalismo industrial de Europa necesita nuevos mercados. Se arroja sobre Asia y África. En seguida, sobre América... Brasil, pronto la Argentina, caen bajo el poder económico de Inglaterra. Y ese poder empuja a estos países para reducir el feudo de López, ellos darán sus ejércitos, Inglaterra el oro. La sociedad capitalista industrial se ve forzada a la conquista siempre... La Inglaterra liberal -aunque no por eso menos imperialista- triunfa contra el feudalismo paraguayo... El progreso contra la rutina... El ayer es vencido por el presente. Por eso fue vencido Rosas, rutinario paralizador del país, por los liberales progresistas. Por eso será vencido López. A pesar de que desde un punto de nacionalista, a él le pertenece la razón, a pesar de que se le agrade injustamente; la razón histórica no es nacional sino humana. A López lo derriba el progreso, el capitalismo... Lo saca de su feudalismo, lo obliga a entrar en la senda del capitalismo, entonces progresista”⁵⁵.

Como se sabe, estas reflexiones no pertenecen al siglo pasado, cuando los marxistas aun no entendían la cuestión nacional en los países atrasados, sino a 1957, cuarenta años después de que Lenin publicó su obra sobre el imperialismo. Por eso llama tanto la atención de que Yunque, poeta al fin, se conduela porque “El Paraguay quedaba despoblado y devastado” y aconseje leer “El dolor paraguayo”, de Rafal Barret o el poema “Nenia” de Guido y Spano, después de haber justificado la masacre.

Mayor importancia adquiere el error cometido por **Leonardo Paso**, en tanto durante varios años, historiador oficial del Partido Comunista. También aquí se difunde Historia mitrista con fraseología marxista. Paso afirma, por ejemplo que “el rosismo se propuso sostener el orden feudal” y que la obra de Rivadavia fue su antítesis en su afán de aflojar ese orden y dar cabida al desarrollo capitalista”⁵⁶. En otra parte, señala “La burguesía comercial porteña, como una fuerza de disociación del orden feudal en lo económico social, competía con la producción artesanal del interior, disgregándola al colocar la manufactura inglesa... La hegemonía política correspondió (en ese período) a la burguesía comercial porteña y podemos decir que los elementos ideológicos de la Revolución, que formaron así la intelectualidad porteña, salieron en gran medida de esa capa social”⁵⁷. Llevado por este razonamiento, Paso confunde el rol de las burguesías en la época feudal de Europa, con el rol de las burguesías compradoras en los países atrasados⁵⁸ (pág. 53) y de allí su opinión acerca de que los caudillos se oponían “a lo extranjerizante” porque era “sinónimo de desarrollo burgués”⁵⁹ por lo cual Dorrego es calificado, con ironía, como representante de “este patriótico federalismo feudal”⁶⁰.

Años después, criticando este tipo de análisis, se argumenta, en círculos de izquierda nacional, que: “Facundo, sin Marx resulta inexplicable, pero que Marx, sin Facundo, no sirve para nada”.

ALGUNOS HETERODOXOS

Así como la Historia liberal encuentra algunos francotiradores que la cuestionan cuando recién inicia su divulgación, así también aparecen, después, algunos historiadores aislados, con perfiles propios, capaces de elaborar interpretaciones con mayor equilibrio e incluso, a veces, distanciándose de las posiciones consagradas.



Entre ellos, puede citarse a **Carlos Heras**, proveniente de la Nueva Escuela Histórica. Su análisis de los sucesos del 11/09/1852 revelan una independencia de criterio nada común entre los académicos, habiendo trabajado también acerca del Congreso de Tucumán y siendo, asimismo, fundador y director de la revista “Trabajos y Comunicaciones”. Semejante es el caso de **Joaquín Pérez**, autor, entre otros, de “Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata y Chile” (Montevideo, 1960), “Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires” (La Plata, 1950) y “San Martín y José Miguel Carrera” (Buenos Aires, 1954).

También puede, encuadrarse entre estos historiadores a **Antonio Jorge Pérez Amuchástegui**. Nacido en Buenos Aires, en 1921, es profesor en Córdoba, La Plata, Buenos Aires y en la Universidad del Sur. Entre sus libros más importantes pueden mencionarse: “La carta de Lafond y la perspectiva historiográfica” (1962), en el cual Pérez Amuchástegui tiene la valentía de coincidir con los historiadores venezolanos en su apocricidad. Otro trabajo importante es “Mentalidades argentinas” (1860-1930). También publica “Conocimiento sistemático de la historia”, en colaboración con Jorge Luis Casani. Amuchástegui acomete, además un importante trabajo histórico al dirigir la publicación de “Crónica Histórica Argentina” en tres tomos (Editorial Codex, 1968). Más allá de disidencias que puedan manifestarse con respeto a alguna interpretación, este trabajo se caracteriza por el equilibrio y especialmente, la independencia de criterio manifestada, sin prosternarse ante los mitos oficiales.

Algunos párrafos aparte merece **José Luis Busaniche**, nacido en Santa Fe, en 1892, quien se define “demócrata liberal en materia política”⁶¹, aunque sus interpretaciones históricas se encuentran más cerca del revisionismo histórico que de la Historia Oficial. Especialmente interesado en la vida del caudillo santafesino Estanislao López, Busaniche publica “Estanislao López y el federalismo del Litoral” en 1927, signando así su ingreso al campo de la historia y en gran medida, su carácter de “historiador lopizta”. Luego vienen otras obras, entre ellas, “Rosas en la historia de Santa Fe” (1929), “El bloqueo francés y la misión Cullen” (1934/36), “Lecturas de la Historia Argentina” y “San Martín visto por sus contemporáneos” (1950).

Pero el principal aporte es “Historia Argentina” publicada por Solar Hachette, en 1965, después de su muerte. En ella Busaniche exalta a Artigas como “el caudillo de mayor prestigio en el litoral argentino”, criticando la política rivadaviana y defendiendo a Estanislao López. Respecto a Rosas, intenta un análisis equilibrado reconociendo su defensa de la soberanía nacional, al tiempo que condena los vínculos de los unitarios con los franceses, pero desde su perspectiva santafesina y su ideología liberal el restaurador no es figura de todo su agrado y de allí su no pertenencia a la corriente revisionista rosista. Critica, asimismo, acremente a Sarmiento, poniendo de relieve la represión de la montonera y el genocidio de la guerra del Paraguay aunque manifestando cierta consideración hacia Mitre. Su obra, que aspiraba a cubrir el período histórico que va hasta 1912, queda trunca en 1868, debido a su fallecimiento ocurrido el 18/05/1959.

LA AGONÍA DE LA HISTORIA OFICIAL

Mientras los revisionistas, desde los suburbios de colegios, academias y periódicos, tirotean al panteón mitrista e incluso algunos historiadores liberales cometen, de vez en cuando, alguna audacia propia de un cierto criterio independiente,



la Historia Oficial permanece vigente, más allá de ciertos afeites y ciertas concesiones. El Moreno del librecomercio, el San Martín “santo de la espada”, el Rivadavia “progresista”, el Sarmiento “civilizador” y el Mitre “unificador del país” y “padre de la organización nacional” mantienen sus estatuas.

Llegado a su fin el reinado de los Grosso y los Levene, aparecieron los Astolfi y los Ibáñez custodiando los bronceos. A ellos les siguieron otros, tenaces en la misma tarea, renovando la fraseología (de “civilización” o “barbarie”, a “democracia” o “autoritarismo” y a “modernización” o “atraso”), pero resguardando a los mismos próceres e idénticos intereses de clase.

Todavía en las escuelas perdura la vieja iconografía. Todavía la nomenclatura de localidades, calles y plazas rinde culto a aquellos próceres levantados por los triunfadores de Pavón.

Pero el viejo relato agoniza: esa vieja Historia Liberal a nadie entusiasma y son muy pocos quienes todavía confían en ella.

¹ Alberto J. Pla: *Ideología y método en la historiografía argentina*. Ediciones Nueva Visión, Bs. As., 1972, pág. 33.

² Dalmacio Vélez Sarsfield: “El Nacional”, 1864, citado por Nicolás Shumway en “La invención de la Argentina”. Emecé Editores, Bs. As., 1911, Cap. 8.

³ Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano y la independencia argentina*. Editorial Suelo Argentino, Bs. As., 1950, pág. 256 y 257.

⁴ Ídem pág. 258.

⁵ Dalmacio Vélez Sarsfield, citado por N. Shumway, ob. cit., pág. 231.

⁶ Juan Bautista Alberdi: *Grandes y pequeños hombres del Plata*. Edit. Fernández Blanco, Bs. As., 1962, pág. 16.

⁷ Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín*. Edit. Suelo Argentino, Bs. As., 1950, pág. 2 y 3.

⁸ Ídem, pág. 12.

⁹ Ídem.

¹⁰ Bartolomé Mitre: *Arengas*. C. Casavalle Editor, Bs. As., 1889, pág. 803.

¹¹ Ídem, pág. 196.

¹² Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano...*, pág. 256.

¹³ Bartolomé Mitre: *Arengas*, pág. 222 a 228.

¹⁴ Ídem, pág. 183.

¹⁵ Ídem, pág. 219.

¹⁶ Miguel A. Scenna: *Los que escribieron nuestra historia*. Ediciones La Bastilla, Bs. As., 1976 pág. 59.

¹⁷ Bartolomé Mitre en carta a Vicente Fidel López, reproducida por éste en su *Manual de Historia Argentina*. Colec. “La Cultura Popular”, talleres Rosso, Bs. As., 1889, pág. 243.

¹⁸ Vicente Fidel López: *Historia de la República Argentina*. Kraft, Bs. As., 1913, tomo VI, pág. 451.

¹⁹ Ídem, tomo V, pág. 116.

²⁰ Ídem, pág. 117.

²¹ Ídem, pág. 119.

²² Ramón Doll: *Ensayos y críticas*. Bs. As., 1929.

²³ Alfredo B. Grosso: declaraciones a “Gente”, 06/05/1971.

²⁴ Ricardo Rojas: *La restauración nacionalista*. Editorial Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Bs. As., 1909, pág. 353.

²⁵ Ídem, pág. 404.

²⁶ José Hernández: *Vida del Chacho*. A. Dos Santos, Bs. As., 1947, pág. 113.

²⁷ Bartolomé Mitre en carta a Adolfo Saldías, 05/10/1887, citada por M. A. Scenna, ob. cit., pág. 100.

²⁸ Ricardo Rojas: Ob. cit., pág. 87.



²⁹ Ídem, pág. 353.

³⁰ Alfredo de la Guardia: *Ricardo Rojas*. Edit. Schapire, Bs. As., 1967, pág. 93.

³¹ Ídem, pág., 24.

³² Ídem, pág., 26.

³³ M. A. Scenna: Ob. cit., pág. 145.

³⁴ Francisco Silva, citado por Diana Quatrocchi: *Los males de la memoria*. Edit. Emecé, Bs. As., 1995, pág. 84.

³⁵ Ídem.

³⁶ Juan B. Justo: *La realización del Socialismo*. Editorial La Vanguardia, Bs. As., pág. 166

³⁷ Juan B. Justo: *Teoría y práctica de la Historia*. Editorial La Vanguardia, Bs. As., 1947, pág. 136.

³⁸ Ídem, pág., 137.

³⁹ Ídem, pág., 139.

⁴⁰ Raúl Larra: *Palacios, el último mosquetero*. Ediciones Leviatán, Bs. As., 1988, pág., 25.

⁴¹ Alfredo L. Palacios: *Masas y elites iberoamericanas*. Editorial Columba, Bs. As., 1954.

⁴² Ídem, pág. 81.

⁴³ Enrique Dickmann: *Ideas e ideales*. Agencia General de Librería y Publicaciones, Bs. As., 1920, pág. 172 y sgtes.

⁴⁴ Osvaldo Bayer: *Los anarquistas expropiadores, S. Radowitzky y otros*. Edit. Galerna, Bs. As., 1975.

⁴⁵ José María Rosa en *Conversaciones con José María Rosa*, de Pablo Hernández. Colihue Hachette, Bs. As., 1978, pág. 74.

⁴⁶ M. A. Scenna: Ob. cit., pág. 166.

⁴⁷ Ídem, pág. 272.

⁴⁸ Manuel Gálvez: *En el mundo de los seres reales*. Librería Hachette, Bs. As., 1965, pág. 258.

⁴⁹ Leoncio Gianello: *Florencio Varela*. Kraft, Bs. As., 1948, pág. 341.

⁵⁰ M. A. Scenna: Ob. cit., pág. 223.

⁵¹ Aníbal Ponce: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*. El Ateneo, Bs. As., 1938.

⁵² Juan José Real: *Manual de Historia Argentina*. Editorial Fundamentos, Bs. As., 1951, pág. 111 y 112.

⁵³ Ídem, pág. 424.

⁵⁴ Álvaro Yunque: *Breve historia de los argentinos*. Futuro, Bs. As., 1957, pág., 312-314.

⁵⁵ Ídem, pág. 318-319.

⁵⁶ Leonardo Paso: *Rivadavia y la línea de Mayo*. Edit. Fundamentos, Bs. As., 1960, pág. 203.

⁵⁷ Ídem, pág. 21.

⁵⁸ Ídem, pág. 53.

⁵⁹ Ídem, pág. 88.

⁶⁰ Ídem, pág., 85.

⁶¹ M. A. Scenna: Ob. cit., pág. 229.



II- EL REVISIONISMO HISTORICO

La crisis económica mundial, el auge del corporativismo en Europa y el triunfo yrigoyenista en las elecciones de 1928 se conjugan para provocar el debilitamiento del pensamiento liberal -conservador en los sectores dominantes-. Ello facilita el avance, al primer plano, del nacionalismo oligárquico. El Gral. Uriburu asume el poder, en nombre del orden y la tradición. Una fuerte personalidad, autoritaria, expresión de la clase alta provinciana, salvará a la Argentina, afirman los hombres de Derecho y de derecha.

Paralelamente, en el campo historiográfico se opera, por entonces, la aparición y desarrollo de una nueva corriente: antiliberal, conservadora, corporativista. El predominio del uriburismo setembrino en política se corresponde con el surgimiento del rosismo reaccionario. Un déspota cubre el escenario político e histórico, asegurando el orden. La dictadura actual se legitima apelando a la producida un siglo atrás.

No es casualidad, entonces, que el mayor teórico del corporativismo entre los asesores de uriburu, el Dr. Carlos Ibarguren, también de una familia patricia del interior, se constituya en el iniciador de esta corriente historiográfica. Lo siguen, en esta tarea, Ignacio B. Anzoátegui y Julio Irazusta.

1) CARLOS IBARGUREN (18/04/1877-03/04/1956)

Abogado salteño, de familia tradicional, funcionario de varios gobiernos conservadores, ha sido liberal en su juventud hasta que la Revolución Rusa y el triunfo de Yrigoyen en 1916 lo convencen de que la democracia es la antesala del “triumfo maximalista” que destruirá el orden vigente. Convertido en fervoroso partidario de las jerarquías sociales, la tradición y el catolicismo, Ibarguren resulta un corporativista convencido en la década del veinte. Por entonces, además de varios libros sobre temas jurídicos, dicta un ciclo de conferencias sobre Rosas “y las dictaduras trascendentes”. Poco después, en 1924, publica “Manuelita Rosas”.

En 1930, Ibarguren participa del golpe militar y es designado interventor en la provincia de Córdoba, desde donde presiona al Gral. Uriburu para reemplazar la Constitución de 1853 por una carta corporativa. En esa época, precisamente, publica “Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo”, punto de partida del revisionismo nacionalista.

La posición reaccionaria de Ibarguren, en ese ensayo, no ofrece dudas:

a. Abomina de la Revolución de Mayo: “Es verdad que Rosas no actuó en contra del movimiento separatista de España, pero no pudo ocultar su protesta contra el desorden social y político producido por la revolución”¹

b. Privilegia el orden y la tradición: “Su acción pública se aplica enérgicamente para defender el orden y la disciplina... (Rosas) Representa en nuestro pasado la encarnación más eficaz y potente del espíritu realista y conservador”²... “Fiel a su visión medioeval y reaccionaria, consecuente con las convicciones que siempre



mantuvo”³ ... (Rosas) Fue el brazo irresistible de la reacción conservadora...”⁴. “¡Odio eterno a los tumultos! ¡Amor al Orden! ¡Obediencia a la autoridad!”⁵

c. Reivindicación del patrón: “Rosas fue el arquetipo del patrón”⁶, “El patrón era caudillo, gobernante, diplomático y guerrero. Debía comprender a los paisanos e interpretar su alma para dominarlos, administrar hasta la extrema minucia para obtener el mayor provecho de la explotación, observar profundamente a las gentes y a los ganados, mirar a los ganados como si fueran hombres y manejar a los hombres como si fuesen ganado”⁷. “Él (Rosas) era el patrón por excelencia”⁸.

d. Expresión de los estancieros: “Los estancieros veían en él no sólo al maestro de la explotación rural... sino también al más severo mantenedor de la disciplina y al más inteligente defensor de sus intereses”⁹.

En su libro, Iburguren se refiere a “los combates de Obligado, Tonelero, San Lorenzo y Quebracho”¹⁰, pero sin destacar su importancia con el cruce de cadenas en el Paraná, en defensa de la soberanía. El Rosas que le interesa y al cual brinda su elogio es el Rosas-Uriburu, no el Jefe de la Confederación que resiste a las mayores potencias del mundo en 1838 y 1845.

En los años siguientes, Iburguren publica, entre otras, las siguientes obras: “En la penumbra de la historia argentina” (1932), “La inquietud de esta hora” (1934), “Estampas de argentinos” (1936), “Sociedades literarias y la revolución argentina” (1937), “San Martín íntimo” (1950) y “La historia que he vivido” (1955).

2) IGNACIO B. ANZOÁTEGUI (1905-1978)

Poeta y ensayista, de posiciones reaccionarias, caracterizado por un ácido humorismo y su irrespetuosidad frente a “los próceres”, cumplió funciones en el área educativa, tanto en el gobierno uriburista, como en el juniano de 1943. Pero su condición de hombre de derecha permitió que “La Nación” lo tratase con consideración y respeto en una necrología donde se disminuye la importancia de sus juicios históricos “producto de su sentido del humor” y se lo reivindica como “fino poeta, límpido prosista y cáustico observador... hombre adornado de virtudes, como el respeto de la opinión ajena, la temperancia en el trato y un cordial acercamiento al prójimo”¹¹.

Anzoátegui redacta, entre 1929 y 1931, una serie de bocetos satíricos sobre las principales figuras de nuestra historia (salvo Mitre) que aparecen bajo la forma de libro en 1934 con el título “Vida de muertos”. Allí sostiene:

a) Sobre **Sarmiento**: “Introdujo tres plagas: el normalismo, los italianos y los gorriones... Esos maestros que creen en las máximas de las cajas de fósforos... gente que se idiotiza enseñando... Sarmiento poseía buenas condiciones pero le faltaba una: ser católico... Lo admiro por los gritos que pegaba”.

b) Sobre **Rivadavia**: “Se llamaba Bernardino González. Rivadavia era la abuela materna. Eso de sacarse el apellido paterno es todo un síntoma. Ya lo decía el arcipestre de Hita: ‘Aborrecer del padre / fuer cual fuer su apellido / es un feo fazer / fuertemente jodido’. Rivadavia no era mulato... pero tenía ideas de mulato... Cuando



tenía 9 años, estallaba la Revolución Francesa, el más zafio, hitriónico y torcido de los movimientos sociales... Lo de Rivadavia obedecía a una consigna fría (e hijoputescamente) maniobrada: ponerle el pie en la nuca a la Iglesia”.

c) Sobre **Alberdi**: “Alberdi dijo gobernar es poblar... y se quedó soltero”.

d) Sobre **Mármol**: “En 1839, lo metieron preso... Estuvo encerrado seis días, desde el 1ro. hasta el 7 de abril... Y se declaró víctima de la dictadura de Rosas. Pero Rosas no le hacía caso”.

e) Sobre **Olegario Andrade**: “El prefería la imbecilidad de su siglo a la luminosidad imperecedera de la Edad Media”.

Poco tiempo después de aparecer este libro, Homero Manzi, desde FORJA, le lanzó este alfilerazo: “- Usted se mete con todos los próceres, menos con aquellos (como Mitre) que se han dejado un diario de guardaespaldas” (La Nación)¹².

Al igual que Ibarguren, Anzoátegui exalta a Rosas desde una perspectiva reaccionaria: “Rosas nació de padre prócer en mujer principal. Era hijo de la tierra, blanco por los cuatro costados y criollo de punta a punta, sin mezcla de mulatos democráticos... Por eso, por señor, el señor de la campaña, desposó a la ciudad y la hizo suya... .

Por señor, fue para los altivos, azote, y padre, para los humildes, porque señor de su señorío de amor, tenía esa fina conciencia, esa fina complacencia, ese fino orgullo propio de los verdaderos señores que practican una sana demagogia aristocrática, la demagogia indispensable para gobernar caritativamente con un claro sentido paternal del poder... Sus hombres le llamaban Don Juan Manuel, con nombre de señor rural hecho a domar potros en la pampa absoluta y de infante hecho a cazar estrellas con halcones”¹³.

En la misma línea de “Vida de Muertos”, publica “Vida de Payasos ilustres” (1954), “De tumbo en tumba” (1966) y “Allá lejos y aquí mismo” (1968). En este último libro sostiene: “Cuando me preguntan si soy nazi, contesto: Sí, soy nazi por gracia de Dios”¹⁴.

3) JULIO IRAZUSTA

La corriente revisionista recibe un importante aporte, en esos años, por parte de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta: el ensayo “La Argentina y el imperialismo británico” (1934).

Los Irazusta provienen de una familia ganadera de Gualaguaychú, de origen radical. Pero en los años veinte se van desplazando hacia el nacionalismo hasta sustentar definitivamente esa posición con el diario “La Nueva República”, hacia 1928. Después de apoyar el golpe uriburista, sus esperanzas se frustran con la preeminencia del Gral. Justo. Poco después, el pacto Roca-Runciman, que viene a legitimar la política oligárquica de carnes, en favor de los invernadores bonaerenses y en perjuicio de los criadores, (como son los hermanos Irazusta) los impulsa a publicar el libro mencionado, en cuya tercera parte abordan también la cuestión histórica. Allí reivindicaban la política de Rosas e impugnan la desarrollada por sus vencedores,



aunque, significativamente, valoran con demasiada consideración a Mitre, mientras cargan las tintas sobre Sarmiento. Pero, más allá de matices, este libro -junto con los artículos de Raúl Scalabrini Ortiz publicados en Europa y reproducidos por “La Gaceta de Buenos Aires” hacia la misma época- pone de relieve la fuerte influencia de Gran Bretaña en nuestra Historia, aunque Scalabrini -libre de la óptica del pequeño productor agrario como los Irazusta- desarrolla una concepción más totalizadora del problema.

Mientras Rodolfo continúa con sus inquietudes políticas y periodísticas, Julio, a partir de esta obra, se encamina por el revisionismo. En 1935 publica “Ensayo sobre Rosas”, en 1938: “Actores y espectadores” y hacia 1941, uno de sus libros más importantes: “Vida política de Juan Manuel de Rosas, a través de su correspondencia”. Con posterioridad, aporta nuevas investigaciones como “Tomás de Anchorena” (1950), “Urquiza y el pronunciamiento” (1953), “Ensayos históricos” (1954) y “Las dificultades de la histórica científica”, en 1955, en polémica con Ernesto Celesia. Otros trabajos importantes son “Balcarce de siglo y medio” (1960), “Memorias” (1957) y “Breve historia de la Argentina” (1981). Varias circunstancias se conjugan, sin embargo, para que Julio Irazusta no sufra la marginación que experimentaron otros revisionistas por parte de los círculos oficiales: desde su origen familiar y ganadero y su formación intelectual cosmopolita (afrancesado, estudia varios idiomas, concurre a la Universidad de Oxford, hasta su amistad con Victoria Ocampo, su buena relación con La Nación y su antiperonismo militante (expresado en “Perón y la crisis argentina” - 1956), como asimismo su actitud reverencial ante Mitre (lo elogia en “La Nación” del 02/11/1975¹⁵ y en “Breve Historia Argentina”¹⁶).

Así, resulta que Julio Irazusta, en mayo de 1971, es incorporado a la Academia Nacional de la Historia. La lectura atenta de sus memorias ratifica de qué modo, más allá de sus disidencias con los historiadores oficiales respecto a Rosas, Julio compartía valores con la clase dominante, lo cual explica no sólo sus colaboraciones en “SUR” y “La Nación”, sino especialmente su contumacia antiirigoyenista en 1928, así como antiperonista en los años cincuenta.

Tanto Anzoátegui, como Ibarguren e Irazusta impulsaron el revisionismo en esos primeros años del treinta, impugnando a la Historia Oficial desde una óptica de derecha. Su cuestionamiento tiene estos rasgos:

1) Sobre la **Revolución de Mayo**: exaltan a Saavedra, pues el movimiento resultaría, por sobre todo, militar, sin pueblo, al mismo tiempo que descalifican a Moreno, atribuyéndole iluminismo y ligazón con intereses británicos.

2) Sobre **Rivadavia**: critican su gestión, pero especialmente por sus ataques a la Iglesia.

3) Sobre **Rosas**: lo reivindicaban como expresión del orden, la soberanía y la resurrección del espíritu colonial.

4) Respecto de **Sarmiento**: lo condenan, más que a Mitre, en tanto expresión de la enseñanza laica.

El ocaso del uriburismo, producto de la preeminencia de la política liberal pro-inglesa del Gral. Justo, reduce la repercusión de sus trabajos. Son francotiradores y en



esa medida, los grandes diarios los silencian mientras Levene mantiene el predominio de la Historia Liberal en colegios y demás organismos de difusión y comunicación.

Recién en los últimos años de la década del treinta, el revisionismo logra convertirse en corriente, con la aparición de nuevos investigadores y sus primeros nucleamientos. El 15 de junio de 1938, en Santa Fe, se constituye el Instituto de Estudios Federalistas, conducido por Alfredo Bello y José María -Pepe- Rosa, con un homenaje al caudillo Estanislao López. Poco más tarde, el 5 de agosto del mismo año, se inaugura en Buenos Aires, el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, con la participación de los hermanos Irazusta, Alberto Ezcurra Medrano, Manuel Gálvez, Corvalán Posse, Díaz de Vivar, Carlos Steffens Soler, Ramón Doll, Ernesto Palacio, Carlos Ibarguren, Vicente Sierra, Corvalán Mendilaharsu y otros.

Estos nuevos historiadores revisionistas se encuentran -la mayoría o casi la totalidad de ellos- alineados en el nacionalismo reaccionario, aunque algunos, sin embargo, con planteos más amplios para caracterizar sucesos y personajes, así, por ejemplo, Manuel Gálvez, quien en su biografía sobre Hipólito Yrigoyen concluye siendo ganado por el personaje, o Ernesto Palacio, quien se singulariza por exaltar a Mariano Moreno y condenar la guerra del Paraguay.

4) MANUEL GÁLVEZ (1882-1962)

desde muy joven interesado por la cuestión social, Gálvez publica inicialmente varias novelas con esa temática, que alcanzan gran éxito: “Nacha Regules”, “Historia de Arrabal”, “La maestra normal” y “El Mal metafísico”, entre otras. Después, deriva al nacionalismo católico y hacia 1930 inicia sus incursiones en el campo de la historia argentina: “El gaucho de los cerrillos” (1931) y “El General Quiroga” (1932). Pero su obra más importante, en el terreno histórico, comienza hacia 1939 con “Vida de Yrigoyen”. Luego publica “Vida de Juan Manuel de Rosas” (1941), “Vida de Aparicio Saravia” (1942), “Vida de Sarmiento” (1945) y “José Hernández” (1945). En la construcción de estas biografías, Gálvez trabaja con un cúmulo importante de datos y si bien esos libros carecen del aparato erudito que fundamente las citas, un control minucioso permite verificar su rigor histórico.

Años después, Gálvez incursiona en la novela histórica reconstruyendo épocas importantes de nuestro pasado: “Bajo la garra anglofrancesa” (1953), “Así cayó don Juan Manuel de Rosas” (1954), “Uno y la multitud” (1955), donde a través de la historia de un nacionalista, aparece el 17 de octubre del '45, “Tránsito Guzmán” (1957), donde recrea el enfrentamiento de la Iglesia con el peronismo. Ya años antes, en 1938 en “Hombres en soledad”, Gálvez había dibujado el aislamiento del intelectual nacional durante la Década Infame.

5) ERNESTO PALACIO

Nace en San Martín, Provincia de Buenos Aires, el 4 de enero de 1900. De tendencias anarquistas en su juventud, Palacio se convierte luego al catolicismo y de poeta y crítico literario, en su primera época (“Revista Martín Fierro”, 1926) pasa luego al nacionalismo (“La Nueva República”, con los hermanos Irazusta, en 1928). Participa



del golpe uriburista aunque luego, al igual que los Irazusta, lo critica por entender que no se han cumplido los objetivos prometidos. Este replanteo se expresa en su libro “Catilina”, donde apela a la lucha de Catilina contra la oligarquía romana, para lanzar sus dardos contra el uriburismo.

Hacia 1938, Palacio publica una de las obras de mayor resonancia del revisionismo: “La Historia falsificada”. Allí sostiene: “...Domina en nuestro país la falsa idea de una historia dogmática y absoluta, cuyas conclusiones deben acatarse como cosa juzgada, so pena de incurrir en el delito de lesa patriotismo... Aquí se ejercita un verdadero terrorismo de la ciencia oficial, por medio de la prensa, la universidad y la enseñanza media... Historia convencional, escrita para servir los propósitos políticos ya perimidos, huele a cosa muerta para la inteligencia de las nuevas generaciones... Ante el empeño de enseñarles una historia dogmática, fundada en dogmas que ya nadie acepta, las nuevas generaciones han resuelto no estudiar historia, simplemente. Con lo que ya llevamos algo ganado. Nadie sabe historia, ni la verdadera, ni la oficial”¹⁷

Señala, asimismo: “Fraguada para servir los intereses de un partido dentro del país, llenó la misión a que se le destinaba: fue el antecedente y la justificación de la acción política de nuestras oligarquías gobernantes, o sea el partido de “la civilización”. No se trataba de ser independientes, fuertes y dignos, se trataba de ser civilizados. No se trataba de hacernos, en cualquier forma, dueños de nuestros destinos, sino de seguir dócilmente las huellas de Europa. No de imponernos, sino de someternos. No de ser heroicos, sino de ser ricos. No de ser una gran nación, sino una colonia próspera. No de crear una cultura propia. Sino de copiar la ajena. No de poseer nuestras industrias, nuestro comercio, nuestros navíos, sino de entregarlo todo al extranjero y fundar, en cambio, muchas escuelas primarias donde se enseñara, precisamente, que había que recurrir a ese expediente para suplir nuestra propia incapacidad. Y muchas universidades donde se profesara como dogma que el capital es intangible y que el Estado (sobre todo, el argentino) es mal administrador”¹⁸.

En años posteriores, Palacio se dedica con mayor concentración a la tarea política dirigiendo los semanarios “Nuevo Orden” (1940) y “Política” (1945). Desde este último apoya la candidatura de Perón. En el período 1946-52 se desempeña como diputado nacional del bloque peronista. En todos estos años, se observa en Palacio su posición nacionalista como así también sus esfuerzos para pasar a posiciones más populares -quizás debido a la influencia del peronismo- tomando distancia de Maurras y del corporativismo, que lo habían cautivado años atrás y si bien durante la guerra reconoce simpatías por el fascismo, insiste en que la reivindicación nacional argentina es el eje de su lucha, al tiempo que reivindica el radicalismo, pero al de Yrigoyen y no al de Alvear.

En 1953, publica, en dos tomos, “Historia de la Argentina”. En este libro, adopta posiciones singulares que lo separan de la mayoría de los revisionistas nacionalistas: juzga reaccionario a Saavedra y reivindica a Moreno, fustiga a Rivadavia por su europeísmo, reivindica a Rosas, pero también descarga su artillería contra Mitre, condenando severamente la Guerra del Paraguay. Asimismo, critica el orden agropecuario de “la granja de su Majestad británica”, reivindicando la necesidad de industrias y de explotar los recursos minerales. Esta “Historia Argentina” se constituye



en uno de los libros más leídos por todos aquellos que manifiestan interés por conocer la verdadera historia.

6) RAMÓN DOLL (1886-1970)

Doll proviene también de una juventud izquierdista, habiéndose destacado a partir de 1927 como agudo crítico literario. Ante su crítica implacable caen importantes escritores como Ricardo Güiraldes, Ricardo Rojas, Roberto Giusti e incluso el joven y promisor Jorge Luis Borges. En esas críticas literarias, ya Doll incursiona en la historia argentina, guiado por su desconfianza hacia los intelectuales del sistema: “Intelectuales fueron los Varela, los Rivadavia, los que asesoran a las oligarquías porteñas para defraudar el sentido democrático o federalista de la Revolución”¹⁹. Y agrega: “Recuerde todo lo que una nueva visión de la historia argentina está descubriendo en los unitarios: fueron los niños malcriados de la época y porque el pueblo los aborrecía, resolvieron, en sus versos y en sus obras literarias, que ellos eran “la civilización” y el país era “la barbarie”... Ellos hicieron, es cierto, la historia y durante mucho tiempo no ha habido otra...”²⁰. Cuatro años después, en “Liberalismo en la literatura y la política”, Doll se constituye en uno de los primeros revisionistas que aborda críticamente la figura de Bartolomé Mitre: “Despojado Mitre de sus títulos de liberal, demócrata y civilizador y sometido a una prueba rigurosa de recomposición histórica, en su presidencia, se llega a esta asombrosa y desopilante constatación: que su presidencia fue una verdadera dictadura militar, ensangrentada por sus fieles lugartenientes uruguayos (Sandes, Arredondo, Flores, Rivas) enviados al interior para pacificar las provincias y someterlas al liberalismo y a la civilización”²¹: “Ese artillero demagogo”, “ese señorón propietario de la historia oficial y de la sabiduría política en la Argentina”, “ese padre y tío de las oligarquías que se adueñaron del país desde Pavón”, “la más odiosa expresión de la elite, por petulante y por esa frialdad de alma que en “La Nación” se llama serenidad y equilibrio moral”... Con tales epítetos Doll quiebra ruidosamente una tradición de reverencias y besamanos multiplicada por los historiadores en los altares de “La Nación”²².

Asimismo, reivindica a Juan B. Alberdi quien se había atrevido a denunciar el monopolio del puerto y la Aduana únicos, ejercido por Buenos Aires, en perjuicio del resto del país: “Alberdi señaló que Buenos Aires monopolizaba toda la riqueza del país y quien tiene la riqueza tiene la suma del poder político. De ahí que Buenos Aires ha sido el vivero de las dictaduras, a veces gauchas, otras ciudadanas y con Mitre, militares. Para hacer que ese monopolio favorezca a la Nación entera y no a una sola provincia, en detrimento de las demás, es menester decapitar a la provincia de Buenos Aires, federalizando la ciudad... El gran publicista tucumano le había buscado el corazón, con ansias de darle muerte, a la oligarquía porteña. Triunfante ésta, en Pavón, no quedó nada de Alberdi en el país”²³.

Pero tanto la lucidez de sus análisis, como la ironía de sus refutaciones polémicas, lo aíslan a Ramón Doll en la estepa de la Década Infame. Silenciado, marginado, ha podido conocer el revés de la trama de las principales cuestiones literarias, históricas, y políticas del país y ha dicho sus verdades. Sin embargo, no encuentra salida en el nacionalismo democrático de los forjistas y pasa a posiciones nacionalistas reaccionarias, hacia 1939.



De este pensador originalísimo -aún cuando no haya sido autor de extensas investigaciones históricas- queda, como un hito importante, su caracterización de Mitre, Alberdi, Urquiza y Sarmiento²⁴, allá, a mediados de la Década Infame, como un aporte que abrió caminos en la interpretación de nuestro pasado.

7) VICENTE D. SIERRA (1893-1982)

Se trata de otra importante figura de aquel revisionismo. De posición marcadamente católica, Sierra rechaza la leyenda negra de la colonización española, pero, llevado de su fervor religioso, cae en el error simétrico idealizándola en “Sentido misional de la conquista”. Publica también “Así se hizo América” y “La expansión de la hispanidad en el siglo XVI”, con idéntica orientación.

Historiador laborioso, Sierra ha publicado una “Historia de la Argentina” en 12 tomos. Se desempeñó como miembro de la Junta de Historia Eclesiástica y como Director de la Biblioteca Nacional.

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS JUAN MANUEL DE ROSAS

Durante la década del treinta, los historiadores revisionistas investigan y publican, al principio como francotiradores, luego agrupados en el Instituto y su Revista, intentando debilitar las murallas de la Historia Oficial, custodiadas celosamente por R. Levene, quien los descalifica negándoles nivel científico y seriedad en sus obras. Los viejos mitos perduran, así, incólumes y a los ojos del gran público, la Historia continúa siendo solo una: científica, liberal, neutra y mitrista, ésa de las efemérides escolares, la Academia y los suplementos de los grandes matutinos.

Sin embargo, la Revista del Instituto -que ahora los congrega- comienza a ejercer su efecto, aunque todavía en círculos restringidos. Allí se expresa un grupo de revisionistas rosistas, en general nacionalistas y clericales, aunque algunos provienen del radicalismo.

Entre ellos, pueden citarse, además de los revisionistas ya mencionados, a Carlos Steffens Soler, Ricardo Font Ezcurra, Justo Díaz de Vivar, Roberto de Laferrere, Ricardo Zorraquín Becú, Pedro Juan Vignale, Federico Ibarguren y Juan Pablo Oliver, debiendo destacarse asimismo el tesón aportado por Alberto Contreras, constituido en motor del Instituto.

En las páginas de la Revista aparecen, entonces, enjundiosos artículos que impugnan los asertos liberales, ya sea a través de nuevos documentos o nuevas interpretaciones. Desde allí -no obstante los enfoques reaccionarios- es erosionada la Historia Oficial hasta tornarla poco creíble para buena parte de quienes se acercan a nuestro pasado con honestidad y espíritu crítico.

A través de sucesivos números, la Revista pone al desnudo muchas verdades ocultas, entre las cuales pueden mencionarse:

1. el apoyo francés a los unitarios en su lucha contra Rosas y en especial, la relación del Gral. Lavalle con los jefes invasores,



2. la violencia desplegada por los unitarios en diversas circunstancias, especialmente después del golpe del 1º de diciembre de 1928, quebrando el mito de que la violencia era patrimonio exclusivo de los federales,

3. la heroica defensa de la soberanía en la Vuelta de Obligado, por parte de los soldados de la Confederación, ante la invasión anglo-francesa en 1845,

4. la honestidad de Rosas en el manejo de los fondos públicos,

5. la amistad entre Rosas y San Martín, así como la decisión del Libertador de legar su sable al Jefe de la Confederación,

6. las negociaciones de los unitarios, hacia 1820, para coronar al príncipe de Luca en Buenos Aires,

7. las desmesuras verbales de Sarmiento, así como sus artículos, desde Chile, cuestionando nuestra soberanía sobre la Patagonia.

En general, la línea histórica sustentada en la Revista es: Saavedra (Mayo lo hizo el ejército y no el pueblo), San Martín (conservador y alineado junto al nacionalismo ganadero de Rosas) y Rosas (expresión de orden y nacionalismo).

La mayor parte de la tarea de revisión la circunscriben al período rosista, desinteresándose tanto del período anterior, como del posterior, como así también de los caudillos del interior, a quienes, en general, ignoran. Como puede comprenderse, su ideología circunscribe y reduce la labor historiográfica de revisión, pero su efecto importante es iniciar el agrietamiento de las bases en que se sustentan las columnas de la Historia Oficial.

EL REVISIONISMO FORJISTA

FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) es una corriente interna del radicalismo fundada, en 1935, por Arturo Jauretche, Homero Manzi, Manuel Ortiz Pereyra, Félix Ramírez García y Juan B. Fleitas. Se integra con irigoyenistas consecuentes que provienen de “la resistencia radical” y que hacia fines de 1934 se expresaron en la agrupación “Radicales Fuertes”.

FORJA se propone profundizar la vocación revolucionaria del irigoyenismo, otorgándole un programa de claro contenido antiimperialista y oponiéndose a la claudicación del “alvearismo” que controla la cúpula partidaria. Bajo el lema “Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre”, los forjistas denuncian el Estatuto Legal del Coloniaje y levantan, como bandera agitadora, “las cuatro P”: “Patria, Pan y Poder al Pueblo”.

El principal ideólogo de la agrupación es Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959), aún cuando no se halla orgánicamente integrado a la misma, en razón de su negativa a afiliarse a la Unión Cívica Radical, requisito ineludible para incorporarse a FORJA (hasta 1940), en tanto corriente interna del partido. Así, desde los suburbios de FORJA, Scalabrini Ortiz aporta las ideas fundamentales provenientes de sus investigaciones acerca de la opresión del imperialismo inglés sobre la Argentina. Jauretche sostiene, años después, que “Scalabrini fue el descubridor de la realidad



argentina” y que “él nos sacó del antiimperialismo abstracto que difundía la vieja izquierda, para conducirnos a un antiimperialismo concreto”, es decir, a comprender cuáles son los resortes fundamentales de la dominación inglesa y cómo funciona ese mecanismo.

En el cuestionamiento a la Argentina semicolonial y al pensamiento de la clase oligárquica, juega un importante papel de crítica histórica. El mismo Scalabrini, en artículos diversos del semanario “Señales”, como así también en los “Cuadernos de FORJA” y en sus conferencias, inicia el revisionismo histórico forjista. Esta revisión se distingue netamente de la formulada por “los rosistas”: es antiimperialista y popular (Jauretche habla de “nacional” y “no nacionalista”) y resulta ajena -incluso antagónica- al origen uriburista del revisionismo de Ibarguren y compañía. (Los forjistas se deslindan de los nacionalistas con este simbolismo: “El nacionalismo de ellos es el llanto del hijo ante la tumba del padre, “lo nacional” forjista es el canto del padre ante la cuna del hijo. Para ellos, la Patria ya fue y está en el pasado. Para nosotros, es un sueño de futuro”).

En 1937, Scalabrini inicia el revisionismo forjista con su conferencia “Las dos rutas de Mayo”²⁵, pronunciada en Lavalle 1725, sede de la agrupación. Allí reivindica la línea revolucionaria de Moreno y critica la línea oligárquica de Rivadavia: las dos rutas están ahí, en el principio de la Patria y conducen, por caminos diversos, hacia la transformación y el auténtico progreso la primera, hacia la sumisión y la política antipopular, la segunda. Asimismo, en diversos artículos que luego agrupa en “Política británica en el Río de la Plata”, Scalabrini critica la libre importación, el empréstito Baring Brothers y la segregación de la Banda Oriental, así como el trazado ferroviario impuesto por las compañías británicas, base de la “granja” productora de carnes y cereales para su Graciosa Majestad.

Las obras principales de Scalabrini Ortiz son: “Política británica en el Río de la Plata” (Edit. Reconquista, Bs. As., 1940) e “Historia de los ferrocarriles” (Edit. Reconquista, Bs. As., 1940). Póstumamente, aparecerán “Cuatro verdades para la crisis” y “Bases para la reconstrucción nacional” (1965) donde se compendian artículos publicados en diarios y revistas.

Hacia 1938, los forjistas se definen, en materia de revisión histórica, de este modo: “La historia es un arma para manejar los pueblos, para someterlos a los designios de los vencedores, para impedir toda acción libertadora, para dividir y confundir las corrientes de opinión. Por eso, la diplomacia inglesa ha impuesto una historia oficial argentina según la cual le somos deudores de la libertad, del progreso y de los capitales que nos prestaron para consolidar el orden y el bienestar. La revisión histórica emprendida por FORJA demuestra que tales asertos son falsos y que los capitales extranjeros, predominantemente ingleses, que enfeudan y esclavizan la Patria, no son más que el producto del trabajo y de la riqueza argentina, capitalizados a su favor por la astucia europea... Conozca el origen de los problemas de la patria y así conocerá la esencia de los problemas actuales”²⁶.

En esta misma línea, Homero Manzi levanta la figura de los caudillos populares, exaltando a Rosas en tanto defensor ante la agresión anglofrancesa pero criticando su política interna y formula esta síntesis: “consecuentes con el pensamiento de Yrigoyen, soñamos el radicalismo no como un partido más... sino como un



levantamiento total de la conciencia argentina... El radical es radical hoy, como pudo haber sido reconquistador en 1807, libertador en 1810, viajero... en 1816, montonero en 1830, confederacionista en 1855, revolucionario en 1890, irigoyenista en 1916”²⁷.

Jauretche, asimismo, recuerda que en aquellos años los forjistas rescataban la memoria del Tigre de los Llanos: “Aún recuerdo risueñamente el horror de “los galeritas” (alvearistas) cuando nos encontrábamos con ellos en la Recoleta para rendir homenaje a Yrigoyen y de vuelta, dejábamos unas flores sobre la tumba de Facundo, tan cerca -ay- a la del Gral. Alvear”²⁸. Si bien durante la existencia de FORJA no aparecen otros historiadores en el grupo, varios militantes forjistas publican trabajos históricos varios años después: Gabriel Del Mazo (“Historia del Radicalismo”, 1955), Atilio García Mellid (“Montoneras y caudillos en la historia argentina”, 1946 y la “Historia del Paraguay”, 1964), así como René Orsi: “Historia de la disgregación rioplatense” (1969), “Dorrego y la unidad rioplatense” (1991) y “San Martín y Artigas” (1991, entre otras).

También años después, Arturo Jauretche se ocupa especialmente de esta cuestión en “Política Nacional y Revisionismo Histórico” (1959), Edit. Peña Lillo.

Allí, aporta reflexiones importantes: “La falsificación de la historia ha perseguido, precisamente, esta finalidad: impedir, a través de la desfiguración del pasado, que los argentinos poseamos la técnica, la aptitud para concebir y realizar una política nacional... Ha habido una sistematización sin contradicciones, perfectamente dirigida... que no puede explicarse por la simple coincidencia de historiadores y difusores... No se trata de un problema de historiografía, sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia... Y esa política de la historia falsificada es y fue la política de la antinación, de la negación de ser y de las posibilidades propias”²⁹. El pensamiento de FORJA -más allá de la disolución del grupo, producida en Diciembre de 1945- se continúa y profundiza a través de Jauretche quien después de señalar cómo la clase dominante impone su pensamiento al resto de la sociedad, para asegurar el orden semicolonial (“La Yapa” de “Los profetas del odio”), se dedica, en el “Manual de Zonceras Argentinas”, a destruir los mitos claves de la historiografía liberal: “civilización y barbarie”, “el mal que aqueja a la Argentina es la extensión”, “el misterio de Guayaquil”, “Rivadavia, el hombre que se adelantó a su tiempo”, “La patria no es la tierra donde se ha nacido”, “Mármol y como hombre te perdono mi cárcel y cadenas”, “Sarmiento no faltaba a clase en los días de lluvia”, “la inferioridad del nativo”, y otros³⁰.

EL PERONISMO Y LA HISTORIA

Durante el período 1945-1955, se manifestaron algunas inquietudes revisionistas aisladas (como el intento de retornar los restos de Rosas o los discursos parlamentarios donde John W. Cooke aborda la necesidad de la revisión histórica), pero, en general, predomina una política dirigida a no ahondar en la polémica suscitada. Incluso se produce un tratamiento contradictorio de esta cuestión: por un lado, se entrega (hasta 1954) el control de la universidad al nacionalismo católico quien difunde allí sus posiciones, pero, por otro, persiste la enseñanza de la Historia Liberal en escuelas primarias y secundarias (aunque en 1950, se exalta a San Martín



por encima de todos los otros próceres, decretando el año sanmartiniano). Asimismo, se designa con nombres de próceres liberales a los ferrocarriles nacionalizados (Mitre, Sarmiento, etc.).

En esos años, comienza a adquirir importancia la obra revisionista de José María Rosa.

JOSÉ MARÍA ROSA (1906-1991)

Además de impulsar el Instituto Federalista del Litoral, Rosa ha publicado su primer libro en la década del treinta: “Interpretación religiosa de la historia”, donde se evidencia, todavía, su anclaje en el viejo nacionalismo. Hacia 1941/42, publica “Defensa y pérdida de nuestra independencia económica” denunciando el comercio libre como factor de sometimiento al capital inglés.

En 1944, aparece “El otro Alberdi”, pero recién durante el peronismo Rosa lanza varios libros dirigidos a cuestionar la Historia Oficial. “La Misión García ante Lord Strangford” aparece en 1951, denunciando el proyecto de entregar el país en protectorado a los ingleses. En 1952, publica “El cóndor ciego”, desnudando la incomprensión política de Lavalle que lo lleva al aislamiento y podría ser causa de un posible suicidio. En 1955 aparece “Nos, los representantes del pueblo”, donde llevado por su exultante rosismo, “Pepe” Rosa denigra a los convencionales de Santa Fe de 1853.

Ya derrocado el peronismo, Rosa se afirma definitivamente como historiador y produce sus obras más importantes: “La caída de Rosas” (1958), “El revisionismo responde” (1964), “La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas” (1967), “Historia del revisionismo y otros ensayos” (1968) y “Del municipio indiano a la provincia argentina”. Hacia 1964, Rosa acomete una “Historia Argentina”, de más de 10 tomos que deja inconclusa a su muerte. La obra de Rosa es muy leída, especialmente a fines de la década del sesenta, por una juventud que descrea de los viejos textos liberales y busca una posición política nacional. Cabe señalar que la influencia del peronismo opera, sobre J. M. Rosa y otros revisionistas, alivianando los rasgos derechistas y acentuando una óptica popular.

Rosas ya no es exaltado como un gran señor de horca y cuchillo, terrateniente patriarcal que garantiza el orden social, sino como defensor de la soberanía. Del mismo modo, Rivadavia es criticado por su conflicto con la Iglesia pero más aún por sus negocios con los ingleses. Con el correr de los años, “Pepe” Rosa reivindica a Artigas³¹, así como políticamente, al regresar de Cuba, opina favorablemente sobre la Revolución liderada por Fidel Castro.

Por supuesto, en su Historia Argentina perduran resabios de su uriburismo, como cuando sostiene que “a Yrigoyen lo derrocó el pueblo”, cuando no acierta a destacar el papel nefasto de Mitre en el '80 o cuando se ve obligado a dar una forzada imagen de Felipe Varela para explicar su urquicismo y su repudio al restaurador.

De cualquier modo, el esfuerzo de Rosa, como el de Palacio, por ofrecer una visión general de la Historia Argentina distinta a la Oficial, resulta meritorio y favorece el proceso de formación de una conciencia nacional.



En relación con este revisionismo rosista-peronista es preciso notar una experiencia paradójica: no alcanza a llegar a las amplias masas durante el gobierno peronista y en cambio, a la caída del peronismo, a partir de 1955, recién logra repercusión masiva. La explicación reside en que mientras el peronismo gobernante no se ha preocupado por difundir ese revisionismo, la baránda denigratoria de toda posición nacional, producida después del '55, lleva a las mayorías populares a identificar a Rosas con Perón, ambos víctimas de las injurias del liberalismo oligárquico. Si el gobierno de Aramburu-Rojas se definía en la línea “Mayo-Caseros” y erigía un monumento a Urquiza, con el aplauso de los intelectuales y el periodismo liberal, podía suponerse, con razón, que los federales habían sido, en el siglo pasado, algo muy semejante al peronismo injuriado hoy. Por eso, Jauretche sostiene irónicamente que quien más hizo por difundir el revisionismo histórico fue el Alte. Rojas con su implacable odio a las masas peronistas, ligado a su fervorosa admiración por Rivadavia y Mitre. Así, el efecto es la quiebra, a nivel popular, de la confianza en la Historia Liberal, como no lo habían logrado los revisionistas con su vasta obra desde los años treinta.

FERMÍN CHÁVEZ (nacido en 1924, en Entre Ríos)

Junto a Rosa, Chávez ha sido el otro gran revisionista del rosismo-peronismo. Artículos, conferencias y debates constituyen armas empleadas con suma seriedad y enorme tesón por Fermín Chávez, a lo largo de varias décadas. Entre sus libros principales pueden citarse: “Civilización y barbarie” (1956), “Vida y muerte de López Jordán” (1957), “José Hernández” (1959), “Alberdi y el mitrismo” (1961), “El Chacho” (1963), “El revisionismo y las montoneras” (1966), “Historia del país de los argentinos” (1967) y dos importantes trabajos biográficos sobre Perón (1975) y Eva Perón (1990).

Como puede observarse por los títulos, Chávez se ocupa, inicialmente, de reivindicar a los caudillos federales del interior y a quienes podríamos llamar sus intelectuales orgánicos (Alberdi y Hernández), signados no sólo por su antimitrismo sino por su antirrosismo. Por este motivo -como asimismo por el reconocimiento de las limitaciones de la política económica de Rosas y la caracterización de los protagonistas de Caseros- Chávez se coloca en una posición “rosista” más “nacional-popular” que la sustentada por José María Rosa.

El revisionismo rosista-peronista alcanza su auge a partir de 1968, al calor de la nacionalización de las clases medias. Llega entonces a la Universidad, a través de las “Cátedras Nacionales”, destacándose allí, entre sus representantes, Gonzalo H. Cárdenas, con su libro “Las luchas nacionales contra la dependencia” (1969).

Por entonces, se vigoriza, asimismo, un perfil izquierdista con “Apuntes para la militancia”, de John William Cooke y con los trabajos de investigación acometidos por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Entre las obras de estos últimos, cabe mencionar: “El asesinato de Dorrego” (1965), “Felipe Varela contra el Imperio Británico” (1966), “Facundo y la montonera” (1968) y “Baring Brothers y la historia política argentina” (1968). En este caso, se trata de peronistas que se reconocen marxistas y toman distancia respecto a las posiciones nacionalistas. Sin embargo,



persisten en considerarse rosistas, lo cual les dificulta la correcta caracterización de los caudillos federales antirrosistas, como El Chacho y Felipe Varela.

En los últimos años, el vigor polémico y la producción del revisionismo rosista han decaído, en parte, quizás, por el agotamiento político del peronismo y también por la declinante presencia de aquel nacionalismo en las disputas ideológico-políticas.

¹ Carlos Ibarguren: *Rosas, su vida, su drama, su tiempo*. Edit. Theoría, Bs. As. 1962, pág. 32.

² Ídem, pág. 33.

³ Ídem, pág. 307.

⁴ Ídem, pág. 132.

⁵ Ídem, pág. 64.

⁶ Ídem, pág. 36.

⁷ Ídem, pág. 36/37.

⁸ Ídem, pág. 38.

⁹ Ídem.

¹⁰ Ídem, pág. 274.

¹¹ “La Nación”, 03/04/1978.

¹² Homero Manzi, recordado por Arturo Jauretche.

¹³ Ignacio B. Anzoátegui en: “Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas”, noviembre de 1968.

¹⁴ Ignacio B. Anzoátegui: *Allá lejos y aquí mismo*. Edit. Sudestada, Bs. As., 1968, pág. 29.

¹⁵ Julio Irazusta: “La Nación”, 01/11/1975.

¹⁶ Julio Irazusta en “Breve historia falsificada”. Edit. Independencia, Bs. As., 1981, pág. 164.

¹⁷ Ernesto Palacio: *La historia falsificada*. Edit. Difusión, Bs. As., 1939, pág. 68/69.

¹⁸ Ídem, pág., 69/70.

¹⁹ Ramón Doll: *Una posición crítica*; en “Crítica”, 1930.

²⁰ Ídem.

²¹ Ídem.

²² Ramón Doll: *Liberalismo en la literatura y la política*. Edit. Claridad, 1934, reproducido en “Ramón Doll: socialismo o fascismo”, de Norberto Galasso, CEAL, 1989, pág. 74.

²³ Ídem.

²⁴ Norberto Galasso: *Ramón Doll: socialismo o fascismo*. CEAL, Bs. As., 1989.

²⁵ Raúl Scalabrini Ortiz: conferencia inédita: “Las dos rutas de Mayo”, Archivo R.S.O.

²⁶ Volante de FORJA, en poder del autor.

²⁷ Homero Manzi, de Aníbal Ford, pág. 41, CEAL, Bs. As., 1971.

²⁸ Arturo Jauretche en *Los profetas del odio*, A. Peña Lillo Editor.

²⁹ Arturo Jauretche: *Política nacional y revisionismo histórico*. A. Peña Lillo Editor, Bs. As., 1959, pág.

7.

³⁰ Arturo Jauretche: *Manual de Zonceras Argentinas*. A. Peña Lillo Editor, Bs. As., 1968.

³¹ José María Rosa: *Artigas*; folleto Edic. Ateneo de Estudios Raúl Scalabrini Ortiz, Bs. As., 1959.




Contratapa

“Cada país debe tener sus programas y sus textos propios de historia. Y cuando dos países se diferencian más, tanto más distintos serán esos programas. Las invasiones inglesas, por ejemplo, abarcan varios emocionantes capítulos en nuestras escuelas, pues son el origen de nuestra independencia; en cambio no le conceden los manuales ingleses más de tres líneas: para ellos es la aventura de unos piratas que quisieron hostilizar a las colonias españolas de América, o sea un insignificante episodio en la rivalidad de España y de Inglaterra. Un hecho histórico americano cambia mirado desde Europa; así el hecho histórico europeo, cambia mirado desde América, cuando se le mira con ojos americanos y no con lentes de doctor alemán o gafas de político francés. Nuestra miopía nacional prefirió ver con estos últimos, renunciando a la propia visión. He ahí el error contra el cual necesitamos reaccionar”.

Ricardo Rojas (1910)

“Los profesores de historia argentina en los establecimientos oficiales advierten desde hace años, un fenómeno perturbador: la indiferencia cada vez mayor de los alumnos ante las nociones que se les imparten... La historia argentina no interesa, o interesa cada vez menos... El fenómeno no sólo persiste, sino que se agrava”.

Ernesto Palacios (1939)

	<p>Cuadernos para la Otra Historia © Centro Cultural “Enrique S. Discépolo” Av. La Plata 2193 C1250AAL Ciudad de Buenos Aires República Argentina Tel/fax: (+54-11) 4923-2994 e-mail: web@discepolo.org.ar Internet www.discepolo.org.ar</p>
---	--

